

COMEDIA FAMOSA.

LAS AMAZONAS DE ESCITIA.

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Polidoro, Príncipe de Sarmacia.	*La Reyna Menalipe.*	*Martesia, Amazona.*
Alfonso, Galan.	*Miquilene, Dama.*	*Flora, Amazona.*
Aurelio, Capitan Sármata.	*Camila, Graciosa.*	*Lucindo, Gracioso.*
Indatirso, Barba.	*Juliana, Criada.*	*Música. Soldados.*

JORNADA PRIMERA.

Mutacion de selva y montes, y en el foro habrá una gruta, que á su tiempo caerá su puerta, y dice Astolfo dentro:

Astolfo. Injusto padre mio,
que para hacer esclavo mi alvedrio
te vales de esta cárcel de la tierra,
en cuyo lóbrego se encierra,
por decreto del hado,
un mísero infeliz, que sepultado
desde el instante mismo que ha nacido,
solo conoce al Sol por el oido.
Ya me llama el valor; la gruta obscura,
que es de mi vida impropia sepultura,
por entre las junturas de esta roca
parece que desea abrir la boca:
aplico pues el hombro, con que empiezo
á acabar de formar este bostezo:
de igual peso el pecho titubea,
el aliento flaquea:
ó espíritu rendido!
no tiene el hombre aliento sin gemido.
Segunda vez á mi valor apelo;
ó morir ó vencer: válgame el Cielo!

Cae un peñasco, que servirá de puerta, y envuelto en polvo Astolfo, Galan, vestido de pieles,

Mas qué nuevo hermoso horror
los ojos me ha perturbado,
que de la luz se ha formado
otra tiniebla mayor?
O mundo! con qué temor
te comienzo á imaginar!
salgo de un torpe ignorar
á un nuevo comprehender,
y el primer paso del ver
hubo de ser el cegar?
Allí la luz de una tea
me alumbraba mas suave,
y aquí en los ojos no cabe
lo que la vista desea:
Parece que me vocea
aquella quietud; volver
quisiera á mi antiguo ser,
porque mas blando pesar
es padecer y esperar,
que el conseguir y temer.
Mas ya parece que activos

mis ojos van recogiendo
las fuerzas, que retiró
la falta de los objetos.
Extraña máquina es esta
que descubro, aunque leyendo
los libros, aunque estudiando
las facultades, que debo
á la piadosa crueldad
de mi padre ó mi Maestro,
he imaginado las cosas,
que forjan el universo.
No me las supo explicar
de la forma que las veo:
debe de ser, porque siempre
lo material del sugeto
lo comprehende el sentido
mejor, que el entendimiento.
Por las señas, que me ha dado
mi padre, voy conociendo
las cosas: aquel, sin duda,
es árbol; qué corpulento!
qué rústico por el tronco!
por la cópula, qué bello!
en fin, el rudo principio
se desmiente con los hechos.
Ave, si, debe de ser,
aquella que cruza el viento;
animal aquel que ruge,
flor esta que está encendiendo
en púrpura vergonzosa
el verde boton honesto.
No sé qué espíritu grande
me acompaña, que aunque nuevo
para mí, quanto descubro
todo me parece ménos
que aquello que imaginé:
solo ese azul pavimento
de los Dioses, y esa luz,
y el Autor de sus reflexos,
son mas que supo fingir
en sus simulacros ciegos
mi idea; pero qué mucho?
esta es tierra, y aquel Cielo,
y que es oro imaginado,
lo que poseido es hierro,
y allí siempre halla la mano
mas que prometió el deseo?
Qué habrá pues, qué habrá que pueda
con este conocimiento
admirarme?

Dentro Lucindo. Las mugeres.

Astolfo. Qué escucho? válgame el Cielo!

Luc. Las mugeres vivan.

Dentro Amazonas. Vaya
el muy truhan. *Luc.* Esto es hecho.

Cae despeñado Lucindo, Gracioso, á los pies de Astolfo.

Astolfo. Qué es esto? quién eres, hombre?

Luc. Quién? yo soy, que me despeño.

Astolfo. Levántate. *Luc.* Así estoy bien.

Astolfo. Haste hecho mal?

Luc. No por cierto;
yo me habia de hacer mal?
la caida me le ha hecho.

Astolfo. Y cómo te sientes? *Luc.* Mucho.

Astolfo. Abre los ojos. *Luc.* No puedo.

Astol. Por qué? *Luc.* Porque muerto estoy.

Astol. Este hombre no está en su acuerdo,
ó es loco. *Luc.* Oisme? *Astol.* Qué decis?

Luc. Sabeis bien que no estoy muerto?

Astolfo. Vivo estás, no hay entenderos.

Luc. Vivo? par diez que lo temo:
dadme la mano, ayudadme
á levantar: mas qué veo! *Levántase.*
Tigrecitos en campaña?
muy buena la habemos hecho:
la pieza de la caida
tiene este recibimiento?

Astolf. Qué tienes? sosiega un poco.

Luc. Señor Tigre, no burlemos,
que es dificultad que tiene
muchas uñas para un lego.

Astolf. Animal soy de tu especie;
hombre soy, no tengas miedo.

Luc. Si es hombre, es la piel del diablo;
desuéllese y hablarémos.

Astolfo. Quién eres? cómo has caido?
qué tierra es esta? ya espero
á que me informes de todo
muy por menor. *Luc.* En efecto,
eres hombre? *Astolfo.* No lo vés?

Luc. Pues, hombre del diablo, quedo
no te oigan; cómo estás
en este bosque? qué es esto?
en qué osadía fiado
tienes tal atrevimiento?

Astolfo.

Astolf. Pues qué bosque es este? *Luc.* Bien
se te ha visto el no saberlo,
que no pusieras tu vida
en tan evidente riesgo:
sabe, que si aquí me vén
contigo::- *Astolfo.* Prosigue.
Luc. Temo,
que nos maten. *Astolfo.* Quién? acaba.
Luc. Las mugeres. *Astolfo.* Anda, necio,
tú no eres hombre? pues cómo
de la muger tienes miedo?
Luc. Eso dices? tú no sabes
adonde estás. *Astolf.* No te entiendo:
la muger, dime, no es
animal ménos perfecto
que el hombre? no está sujeta
á este natural imperio?
ella tiene contra mí
mas armas que un lisonjero
hechizo, que por los ojos
diz que se introduce al pecho,
y solo puede conmigo
aquello mismo que quiero,
porque de mi voluntad
fabrica mi rendimiento?
Luc. Eso será allá en tu tierra,
pero las de acá se han puesto
los calzones, y las barbas
se han subido por el vello.
Astolfo. Enigmas son quantas dices;
ahora te entiendo ménos.
Luc. Ven acá, nunca ha llegado
á tu noticia el portento
de las Amazonas? *Astolfo.* Quién
son las Amazonas? *Luc.* Bueno:
no las conoces? *Astolfo.* No, amigo.
Luc. Ni la fama de sus hechos?
Astolfo. Tambien la ignoro. *Luc.* Ni sabes
el orígen de su Imperio?
Astolfo. Tampoco. *Luc.* Ni de esta tierra
las bárbaras leyes? *Astolfo.* Ménos.
Luc. Segun eso, tendrás gana
de oirlo todo? *Astolfo.* Sí tengo.
Luc. Pues yo la tengo de hablar.
Astolfo. Y yo agradecer espero
tus noticias. *Luc.* Eso pido.
Astolfo. Pues prosigue.
Luc. Estáme atento.
En la cumbre de ese monte,
chichon del mundo soberbio,
que á riscos estrecha el ayre,
ó gigante corpulento,
que con dos cuestas por hombros,
sin hacer caso del peso,
tres ó quatro siglos ha,
que tiene á cuestas el Cielo;
la Ciudad de Temiscira,
del Asia temor un tiempo,
Corte de la Escitia, ahora
es joya, que adorna el pecho
de este jayan obelisco,
que está pendiente en su cuello
de una líquida cadena,
que altivo monte risueño
de eslabones de cristal
parece que va texiendo.
Aquí la gran Menalipe
gobierna el invicto Imperio
de las Amazonas, este
bien repetido portento
de marimachos, que viven
sin hombres, no conociendo,
que hembra sin macho no monta
un corchete, sino medio.
Y para que sepas bien
su orígen y sus progresos,
ello fué así, ve conmigo,
sino es que se te hace léjos.
Despues de una gran derrota,
que los Escitas padeciéron,
por conspiracion cruel,
de sus comarcanos mesmos,
diéron en hallarse bien
las mugeres de los muertos
con el mongil y las toças,
por mucho mejor teniendo
andar pareciendo dueñas,
que andar padeciendo dueños.
Y juntándose una tarde
en un suntuoso Templo,
que á la vocacion de Marte
y de Minerva eligiéron,
empezáron á culpar
aquel natural decreto,
que hizo inferior la muger
al hombre, desvaneciendo

lo propio de su valor
con la impropiedad del sexô.
Qual decia , por qué causa
á estos menguados tememos?
tienen mas prerogativa,
que haber menester barbero?
Qual gritaba , qué mas miel
tuviéron ? y si tuvieron
algo mas , no es lo de mas
tanto como lo de ménos?
Qual , por qué nos hablan gordo?
no los desengañarémos
de que el metal de la voz
no es calidad del aliento?
Las viudas decian , tate,
segundas nupcias arredro,
tambien alcanza á la boca
aquel refran del buey suelto.
Las casadas , que se alaban
en compañía de aquellos,
que reserváron sus vidas
de los pasados encuentros,
irritaban á las otras
con los malos tratamientos
que sufrian , suspirando
por suspirar por el muerto.
Y en fin , todas á una voz
decian , muera este gremio,
que de nuestra floxedad
ha fabricado su Imperio.
Mueran , repitiéron todas,
y unidas se resolviéron
(viéndose en número mas
que los hombres) á coserlos
á puñaladas , costura
en que todas ofreciéron
sus puntadas ; y una noche,
que envuelta en celages negros,
parece que echó el capote
con mas horror ó mas ceño;
á la hora (extraño asombro !)
que la quietud (duro incendio !)
usurpaba (atroz delito !)
las fuerzas (horrible empeño !)
á los que en descuido inútil
la muerte estaban sintiendo;
ellas airadas (qué rabia !)
tomáron (qué atrevimiento !)
sus puñales (qué desdicha !)
y en sus vidas (qué despecho !)
hiciéron en un instante
lo fingido verdadero.
Quedáron las señoritas
(como digo de mi cuento)
á la vista del delito,
sin confesar , que era feo;
que la muger es un diablo
de poco arrepentimiento.
Y hallándose ya empeñadas
en seguir el desacierto,
sacan fuerzas de flaqueza,
deponen el culto aseo:
arnes acerado visten,
arco manejan violento,
severas leyes pronuncian,
Reyna eligen , que al gobierno
de la paz y de la guerra
presida ; y en poco tiempo
Europa siente las Armas,
el Asia teme su esfuerzo,
trabajado ha vuelto Alcides,
Ciro trabajado ha vuelto.
Mas despues , considerando
que esta máquina iba al suelo
sin hombres , que les pusiese
lo que les quitaba el tiempo,
de quando en quando se salen
á los comarcanos Pueblos
á volver como unas madres,
y como unos padres ellos,
donde siempre que ellas quieren
las tienen amor de miedo.
De esta suerte se conservan
hasta hoy , porque en pariendo,
si es hijo le dan la muerte,
y si es hija , el nacimiento
celebran , y luego al punto
la cauterizan el pecho
del diestro lado , porque
no la embarace el manejo
de las armas , reservando
en el otro el alimento
de las hijas , y las crian
entre marciales estruendos.
Los dijes son las saetas,
los atambores panderos,

las

las trompetas las sonajas,
el muera el hombre el gorgeo,
el taita es cosa de azotes,
donosuras el reniego:
y en fin, á qualquiera de ellas,
quando vén que va creciendo,
ántes que pueda opilarse
la hacen tomar el acero.
Este, señor, es el caso
para que te quise atento;
estas las fieras mugeres,
que ocasionáron mi miedo:
este el azote del hombre,
el pasmo del Universo;
y este, en fin, es el mayor
escándalo de los tiempos:
no hay que juzgar que es historia,
porque juro á Dios, que es cierto.
Oigan, y qual se ha quedado;
di, señor, estás electo?
sin duda ha sido gustoso,
pues te ha divertido el cuento:
tú no estás aquí? *Astolfo.* Asombrado
estoy de escucharte. *Luc.* Veslo,
como ya de mi temor
eres partícipe? *Astolfo.* Necio,
en mí temor? *Luc.* Para qué
lo niegas, si se te ha puesto
la cara mas amarilla,
que una gualda? *Astolfo.* De ira tiemblo:
ven acá, suele la ira
producir esos efectos?
Luc. No conozco amarilleces,
que no son de mi majuelo:
pero con quién te has airado?
Astolfo. Con ese animal horrendo
de la muger, cuya sangre
me acuerda la lid del pecho,
que es tan cruel ese monstruo,
que mata sus hijos mesmos,
ni el amor privilegió
al marido, ni el respeto
al padre, ni á todos juntos
la semejanza. *Luc.* No niego,
que la semejanza puede
mucho en ellas. *Astolfo* No entiendo
por qué. *Luc.* Porque todas hacen
lo que les parece de ellos.
Astolfo. Y á ti, por qué causa aquí
te han maltratado? *Luc.* Ese es cuento
bien raro: Sabe, que allá
nos tienen cautivo ó muerto
al Príncipe Polidoro,
que de ese vecino Reyno
de Sarmacia ha conquistado
el Amazónico Imperio:
Ha venido como amante,
aun mas que como guerrero,
porque vió acaso un retrato
de la Reyna, y quedó ciego
de amor; y así se empeñó
en venir (con el pretexto
de la guerra) á militar
de parte de su deseo:
Y esotro dia del Campo
se adelantó, con intento
de introducir lo amoroso
primero que lo violento,
sin querer que le siguiese
mas que yo, porque el secreto
de su cuidado sabia:
y fatigado en el fresco
márgen de ese arroyo, quiso
descansar; rindióle el sueño:
guardésele yo en lo propio,
y así me quedé durmiendo,
quando (Dios nos libre) junto
á mí una Amazona veo,
que me despierta, arco al hombro,
flecha en mano, malo el gesto,
y buena la cara: yo
quedé al verla sin aliento,
porque mi valor está
algo mas hondo que el miedo:
y quando esperaba ser
blanco de una flecha negro,
vés aquí que la Amazona
se prendió de mis ojuelos,
que son (segun ella dixo
en tonillo de requiebro)
grave honor de los azules,
dulce afrenta de los negros.
En fin, ella se rindió
de amor, yo llamé á mi dueño,
ofrecióla montes de oro,
comunicóla su intento.

Acertó á ser la que tiene
la custodia y el gobierno
de las puertas á su cargo,
y aquella noche dió dentro
de la Ciudad con nosotros.
Fuése mi amo contento
con ella, y dexóme á mí
en su casa, donde muerto
ni vivo he sabido de él.
Pasáronme extraños cuentos
con otra, que está tambien
perdida por mí; y viniendo
esta tarde con la una
por este bosque, al encuentro
nos salió una tropa de ellas;
la mia escurrió temiendo
ser hallada en el delito
de andar con hombres sin tiempo.
Las otras sobre el brizar
las mugeres me pusieron
las manos, y de secreto
me echáron. *Tocan caxas.*
Astolfo. Tente; qué es esto?
Luc. Sin duda está cerca el campo
de nuestros Sármatas. *Astolfo.* Quedo,
no me estorbes el oido,
déxame escuchar atento,
qué noble música es esta,
que parece que está haciendo
en las orejas el ruido,
y en el corazon el eco.
Luc. Esto te ha sonado bien?
Astolfo. Hame sonado á instrumento
generoso. *Luc.* Generoso?
ántes, señor, es tan terco
y tan villano, que á palos
le sacan la voz del cuerpo:
pero la gente se acerca
hácia acá, ocultarme quiero.
Astolfo. Por qué? *Luc.* Porque si me vén,
que sin el Príncipe vuelvo,
me han de matar.
Dentro Soldados. Aquí está.
Luc. Aquí está? viven los Cielos,
que me han visto ya! pies mios,
corredme si sois discretos. *Vase.*
Salen Aurelio, Capitan y Soldados.
Aurel. Llegad todos. *Sold.* 1. Aquí está.
Sold. 2. Las señas son que traemos.
Sold. 3. Dichosos habemos sido.
Aurel. Dame la mano. *Arrodíllanse.*
Astolfo. Qué es esto?
Aurel. Sármatas, nuestro caudillo
nos ha descubierto el Cielo.
Sol. 1. Viva nuestro General.
Todos. Viva.
Astolfo. Hay mas raros sucesos,
que los mios? *Aurel.* Las insignias
traed, que le adornen luego.
Astolfo. Amigos, qué novedad
es esta? *Aurel.* No esteis suspenso:
distante de aquí dos millas
está un Exército grueso
de la invencible Sarmacia:
á nuestro Príncipe han muerto
las Amazonas; á ti
nos da por caudillo el Cielo
para esta empresa; tus señas,
y las del sitio debemos
al oráculo de Apolo;
mirad si queda con esto
alguna accion á tus dudas.
Astolfo. En fin, los Dioses han hecho
eleccion de mí? *Aurel.* Los Dioses
lo ordenan. *Astolfo.* Y estais resueltos
á que yo gobierne? *Aurel.* Sí.
Astolfo. Pues contra ese monstruo fiero
de la muger, marche el campo.
Aurel. Su sangre apurar queremos.
Astolfo. Pues bien podeis prevenir
troncos para los trofeos.
Sacan los Soldados laurel, espada y baston, y se lo pone Aurelio.
Aurel. Este es el baston, tomad;
este el invencible acero,
y este el laurel. *Astolfo.* Venga todo,
y tiemble el mundo á mi aliento.
Aunque á todas estas cosas, *ap.*
que toco, descubro y veo
la calidad les ignoro,
quiero encubrir mi defecto,
porque si han de obedecerme
estos Soldados, no quiero,
que piensen que saben mas,
que es pensar que puedo ménos.
Ea, Soldados, Astolfo,

par-

parto de estas selvas Regio,
os alienta: marche el campo:
toca al arma: á sangre y fuego
se dé la batalla. *Caxas.*
Todos. Viva
Astolfo. *Astolfo.* No digais eso.
Aurel. Pues qué?
Astolfo. Mueran las mugeres.
Aurel. Ea pues, con nuevo aliento
decid, mueran las mugeres,
y viva el caudillo nuestro.
Unos. Mueran. *Otros.* Viva.
Astolfo. O qué bien suenan
al valor estos estruendos! *Vanse.*
Dentro una. Vaya.
Dentro otra Camine el barbado.
Una. Dale. *Otra.* Pícale.
Dent. Lucindo. Ay de mí!
Dent. Jul. Dexadle. *Las 2.* Viva por ti.
Julia. Ven commigo.
Salen Julia y Lucindo.
Luc. Hay tal enfado?
Señoras, si por ser hombre
me dabais, lo habeis perdido,
que yo en mi vida lo he sido,
sino solo por mal nombre.
Miente quien piensa, que yo
soy hombre, y serlo merezco;
y si acaso lo parezco,
miento por la barba yo.
Julia. Sosiega. *Luc.* Linda manera;
por Dios, que mate, si voy,
á quien piensa que no soy
tan muger como qualquiera.
Julia. Quién diablos te metió acá?
Luc. Camila acá me metió,
y llevarme prometió
adonde el Príncipe está;
porque yo no me atreví
á que su gente me hallase
sin él, ella toma y vase,
dexándome solo aquí,
que diz que es Palacio; y yo
venia mal disfrazado,
cogiéronme, y he pasado
la tanda; mas ya pasó.
Julia. No te aflijas, que yo sé
adonde tu amo está.
Luc. Vive? *Julia.* Sí.
Luc. Y qué dirá
la Reyna si aquí me vé?
Julia. Esos temores reporta,
porque la que no conviene
que te vea, es Miquilene,
y la Reyna poco importa.
Luc. Quién es Miquilene? *Julia.* Quién?
la que á nadie no perdona:
una rígida Amazona,
prima de la Reyna, á quien
tocara el Reyno quizá,
si su poca edad no hiciera,
que ménos accion tuviera:
pero en esto qué nos va?
Dime, en qué estado te hallo
cerca de nuestra amistad?
Luc. Yo te tengo voluntad,
para qué sirve negallo?
Julia. Eso cómo puede ser,
si Camila te enamora,
y tú la temes? *Luc.* Señora,
me da lo que he menester.
Julia. Ella tratándote está
muy mal, á coces te envia
donde quiere. *Luc.* Reyna mia,
qué importa que dé, si da?
esos son puntillos. *Julia.* Y esa
una indecencia bien rara.
Luc. Con hambre nadie repara
en el lugar de la mesa.
Julia. Un hombre se ha de humillar
á vueltas tan inclementes?
Luc. Señora, apretar los dientes
es mejor que bostezar.
Dent. Cam. Lucindo. *Luc.* Triste de mí!
ella es. *Julia.* No importa nada.
Luc. Es muger ocasionada;
escóndete un poco allí.
Julia. Yo esconderme? *Sale Camila.*
Cam. Ya ha salido
la Reyna; mas quién? *Julia.* Yo Soy.
Cam. Pues qué haces aquí?
Julia. Aquí estoy
con Lucindo.
Luc. Ella ha querido,
porque ya la liviandad *Turbado.*
no puede: ya no se vé,

mi-

mira, ella, yo, para qué,
esta es la pura verdad.
Cam. Sosiéguese usted, que luego
se verá su pleyto. *Julia.* Usted,
mi Reyna, me hará merced
de decir. *Luc.* Se encendió el fuego.
Cam. Este hombre ha sido mi prenda,
y aunque estoy hecha de hiel
de ver que ahora me ofenda,
le quiero bien, y con él
estoy gastando mi hacienda.
Díxele algunos amores,
cayó en oyendo el reclamo,
debíle muchos favores,
halléle sirviendo á un amo,
púsele en paños mayores.
El conmigo se contenta,
yo me he empeñado, ucé intenta
el hacer venta no mas,
y en este contrato es mas
hacer empeño, que venta.
Y así, usted se ha de servir
de irse sin mas replicar.
Julia. Yo estoy aquí, y no me he de ir.
Luc. Señoras, no hay reparar
en que yo doy que decir.
Cam. Esto que digo ha de ser.
Julia. Difícil es conseguillo.
Luc. Ellas deben de creer, *ap.*
que soy algun hombrecillo,
que no tiene que perder.
Cam. Mi espada será bastante
contra proceder tan loco.
Julia. Obre el valor arrogante.
Cam. Yo nunca reñí delante
del Galan. *Julia.* Ni yo tompoco.
Sale la Reyna Menalipe de Amazona.
Menal. Qué es esto? *Julia.* Camila y yo
somos amigas, y aquí
nos burlábamos. *Menal.* Ha, si,
y es aqueste::- *Luc.* Ya me vió.
Menal. El criado á quien desea
Polidoro? *Luc.* Si señora,
el mismo soy. *Menal.* Pues ahora
no es posible que lo vea.
Cam. Luego nos verémos. *Julia.* Ya
entiendo. *Cam.* Habla con recato.
Menal. Aguardad con él un rato
donde os dixe. *Cam.* Bien está.
Menal. Oyes, si entra Miquilene,
ya entiendes. *Cam.* Contigo estoy.
Luc. No he de saber donde voy?
Cam. Venga, y sabrá donde viene. *Vanse.*
Menal. La puerta quiero cerrar;
en grande empeño me veo;
yo no entiendo á mi deseo,
pues se ceba en un pesar.
Nadie aquí me puede oir;
á mucho me precipito:
qué medroso es el delito!
segura estoy, quiero abrir.
Sin brazos conmigo lucha
este amor; yo misma ignoro
sus efectos: Polidoro?
Abre, y sale Polidoro, Príncipe de Sarmacia.
Polid. Menalipe hermosa. *Menal.* Escucha;
ayer te empecé á contar
mi intento. *Polid.* Rendido estoy;
dispon de mí, tuyo soy.
Menal. En fin, te podré fiar
mi pecho? *Polid.* Eso has de decir?
Menal. Difícil la empresa es.
Polid. Ya sabes mi esfuerzo. *Menal.* Pues
á escuchar. *Polid.* A proseguir.
Menal. Un mes habrá q̃ Amor hizo dichoso,
Príncipe de Sarmacia generoso,
mi pecho con la herida,
que fué estrago y lisonja de mi vida:
y un mes habrá, que hizo desdichado
con los inconvenientes que han dexado
el estrago en el alma introducido,
y la lisonja me ha desvanecido;
que de Amor la dulzura
aun no se toca bien quando se apura,
y por el labio incierto
se derrama el acíbar encubierto.
Viste un retrato mio,
halló la vista ociosa el alvedrío:
rindióte la pintura;
débele mucho al ocio la hermosura:
Veniste á verme luego,
si no fué acierto, lo intentaste ciego:
fué el pretexto la guerra,
y no es muy poca la q̃ el pecho encierra.
A mis ojos llegaste,
Amor te dió el ardid, tú executaste:
ha-

habláſteme rendido,
deſcuidóſe la viſta y el oido.
Mereciſte mi agrado,
produxo aquel deſcuido eſte cuidado:
quíſete bien, en fin, díſteme amante
fe de eſpoſo; paſemos adelante,
q̃ en volverlo á decir quiero andar corta,
por llegar mas apriſa á lo que importa.
Muerta la Reyna anteceſora mia,
la gran Taleſtres, que eſta Monarquía
gobernó tan atenta, que á ſu gloria
no llega ſin ſuſpiros la memoria;
y no dexando ſuceſora (advierte
lo que ſon prevenciones de la ſuerte)
para elegir la Reyna, dividida
en dos bandas la Plebe, una apellida
el nombre de mi prima Miquilene,
y otra el mio apellida, y aunque tiene
la contraria faccion pujanza alguna,
venció, no sé ſi diga mi fortuna;
pues quando ciño la Corona de oro,
la miſma accion, inſigne Polidoro,
que las ſienes me obliga,
los hombros me fatiga,
y á un miſmo tiempo el Cetro ſoberano
mereció el brazo, y me adornó la mano.
Calló entónces la fiera Miquilene
el odio que entre el alma impreſo tiene;
pero deſpues revalidó advertida
de la parcialidad ya adormecida
las tibias opiniones,
que una vez encendidos los carbones,
en vano la ceniza los encubre,
porque ántes los conſerva quié los cubre.
Hoy pues la voz renueva entre la gente
de que el Reyno poſeo injuſtamente,
y tan ſagaz los ánimos inclina,
que cada inſtante aguardo mi ruina.
Es tan cruel, tan fiera,
que obſervando ſevera
las leyes de eſte Reyno independente,
aborrece los hombres mortalmente.
Nunca ha llegado á verlos,
de eſto nace quizá el aborrecerlos;
porque siépre anda huyendo ſu preſencia,
haſta cumplir la edad en que hay licencia
para ſalir con ellos á campaña,
que entre noſotras haſta obrar la hazaña
de dar la muerte á alguno,
ſe tiene por infamia, que á ninguno
ſe permitan los ojos ni el oido.
Ayer pues tuvo edad, y hoy ha ſalido
á buſcar el trofeo,
que el tiempo ha retardado á ſu deſeo.
No hay Amazona que ſus brazos mida,
que con aliento de ellos ſe deſpida:
no hay blanco, quando flecha,
que no ſea iman del hierro de la flecha.
Es ſoberbia, impaciente,
arrojada, imprudente,
y con ſer á mis ojos tan odioſa,
no ſe puede negar que es muy hermoſa;
porque quando la veas,
engañado no creas,
que la paſion las iras me ſoborna,
ó á mi verdad la deſnudez le adorna.
Eſta pues, Polidoro, eſta es la fiera,
que de mí lentamente ſe apodera:
eſta (llégate cerca, que aun el viento
me peſa de que eſcucha tan atento)
ha de morir, ſi quieres que en mi frente
ſe tenga la Corona fixamente.
Tuya ſoy, de mi Imperio ſerás dueño,
tuya ſoy, digo, tuyo es ya mi empeño:
aſalta la Ciudad, muera eſta aleve,
pague tu amor lo que á mis ojos debe;
que yo, liſonjeada, agradecida,
amoroſa, rendida,
fina, atenta y conſtante,
ſabré eſtimarte dueño, como amante.
Pero ſi no, enojada, riguroſa,
colérica, brioſa,
impaciente, ſevera y ofendida,
te enſeñaré, quitándote la vida,
lo que puede irritada
muger que ruega, y queda deſayrada.

Polid. Abſorto me ha dexado,
hermoſa Menalipe, tu cuidado.
Menal. Ya mi temor en vano te previene.
Polid. Ven acá, que es tan fiera Miquilene?
Men. Nada encarezco, aunq̃ hablo temeroſa.
Polid. Ven acá, q̃ es tu prima tan hermoſa?
Menal. O peſia á tu atencion ó á tu locura!
ahora ſe te acuerda ſu hermoſura?
Pero aguarda, qué es eſto?
Dent. Miquil. Abre aquí, Menalipe.

Menal. Vete presto,
que es Miquilene. *Polid.* Espera,
pues qué importa que ahora::-
Menal. Bueno fuera,
que conmigo te hallara.
Dent. Miquil. No acabas ya de abrir?
Menal. Anda. *Polid.* Repara
en que así de mi esfuerzo desconfias.
Men. Ah traidor! ya te entiendo; q̃ querias
quedarte para vella?
Polid. Con eso has hecho, Menalipe bella,
decente el esconderme.
Menal. O qué cerca estuviste de perderme!
entra: la puerta cierro. *Vase Polidoro.*
Dent. Miquil. No has oido
mis voces, Menalipe?
Menal. Sin sentido
la turbacion me tiene.
Dent. Miquil. Te haces fuerte?
mas va que lo remedio de esta suerte.

Da Miquilene un golpe á la puerta, y cáese la cerraja, y sale de Amazona con arco y flechas, y con ella todas las demas Amazonas é Indatirso, viejo, aprisionado.

Menal. Pues, Miquilene, qué furor::-
Miquil. Perdona,
que vengo reventando de Amazona:
llegad todas. *Menal.* Qué es esto?
Miquil. Y llegue este espectáculo funesto.
Menal. Quién eres, hombre?
Indat. Soy un desdichado;
todas mis señas con aquesto he dado.
Miquil. Ayer cumplí la edad de la campaña,
y hoy la hórosa ambició de alguna hazaña
del lecho me sacó: el hombre primero
que he visto, ha sido este esqueleto fiero:
si todos son así, qué hazañería
es dilatar el dia
de buscarlos, si el verlos
es el medio mejor de aborrecerlos?
Menal. Pues bien, qué te ha importado
este cautivo, para haber entrado
tan loca y descompuesta? (puesta.
Miquil. Templa el modo de hablar ó la res-
Menal. No prosigas, prendedla, desarmadla;
á qué aguardais? llevadla
á una torre. *Miquil.* Ninguna
hará tan gran pesar á su fortuna.
Menal. No llegais? qué os detiene?
prendedla.
Todas. Dexa hablar á Miquilene. (mucho
Men. Pues qué tiene q̃ hablar? mi empeño es
si habla: prosigue, di, que ya te escucho.
Miquil. Habla, cautivo, di lo que ha pasado.

Desátanle las manos.

Ind. La vida el referirlo me ha importado.
Miquil. Amazonas, oid vuestras afrentas.
Indat. Empiezo? *Miquil.* Sí.
Indat. Pues escuchad atentas.
Talestres vuestra Reyna,
que con Cetro mejor ahora reyna
en los Eliseos campos, inducida
de las grandes hazañas::-
Miquil. Por tu vida,
que me dexes decirlo,
que se turba la voz al referirlo,
y no puede sufrir mi fortaleza,
que un agravio se diga con tibieza:
y así, yo os lo diré, sin que os moleste
mi voz. *Menal.* Prosigue.
Miquil. Pues el caso es este.
Ya sabeis, que vuestra Reyna
Talestres, que ahora ocupa
con el alma el mayor sitio,
y con el cuerpo esa urna,
que está cosiendo la tierra,
y el Cielo en forma de aguja;
llevada de las hazañas
de Alexandro, que aun hoy duran
de las voces de la fama,
hasta en el eco seguras,
se resolvió á visitarle,
para cuya empresa junta
de treinta mil Amazonas
un exército, que induzca,
no fortaleza en su Imperio,
sino Imperio en su hermosura.
Viéronse los dos, y aquel
ciego Dios, que al alma apunta,
triunfó de sus corazones,
quedando á la saña injusta
agradecidos entrambos,
como si al sentir la punta
el oro que está en la flecha
pudiera dorar la injuria.

Tra-

Tratáronse algunos dias,
y logró amor sus ternuras
de tal suerte, que Talestres
vino á sentirse en la duda
de aquel natural achaque,
que el vientre::- (aquí dificulta
la voz como declararle;
discúrralo cada una,
que por ser muger, parece,
que mis oidos no gustan
de que haya palabras mias
para decir faltas suyas.)
Apénas cumplió los nueve,
quando en una noche obscura,
que á favor de su delito
amigas tinieblas junta,
en el retiro de un bosque
(que quizá ingeniosa busca)
parió un infante, y debiendo,
segun nuestras leyes justas,
por ser del hijo enemigo,
para formarle la tumba
ántes del primer arrullo
volver en pira la cuna;
alterando la costumbre,
mañosamente le oculta,
que ya que el amor de madre
le suspendiese la furia,
ó ya que el mirarle hijo
de Alexandro, dificulta::-
mas dónde vas, lengua torpe,
que quando un delito ocultas,
buscando las circunstancias,
te encuentras en las disculpas?
Ella, en fin, de la cautela
de una criada se ayuda:
publica, que por ser hijo
le ha muerto, y piadosa cuida
de darle el blando alimento,
tan tímida y tan confusa,
que siendo suyo el licor,
le da como quien le hurta.
Viéndole ya ménos débil,
religiosamente astuta,
para enviársele á Alexandro,
los Oráculos consulta.
Respóndenle, que en el tiempo
que goce de la hermosura
del Sol, se verá este Imperio
á los pies de la fortuna.
Tuerce con esto el designio
de enviarle, y aunque escucha
las amenazas del hado,
á pesar del temor, dura
en su pecho aquel cariño,
que se sabe y no se estudia.
Vino á esta sazon huyendo
este anciano de la furia
de los Sármatas (la causa
ignoro, aunque sé la fuga.)
Hallólo un dia la Reyna
penetrando la espesura
del bosque tras una Corza,
que hasta el centro de una gruta
se entró huyendo de la flecha
que lleva, y piensa que excusa.
Llega la Reyna resuelta,
él encogido se asusta;
asegúrale apacible,
deidad del monte la juzga:
consúltale su cuidado,
resuélvese en la consulta,
que el niño tenga su albergue
en aquella estancia obscura,
sin que los rayos del Sol
ni aun por indicios descubra;
porque en daño de este Imperio
los presagios no se cumplan.
Secretamente le encierra,
crece á la edad ménos ruda,
aplícale á los estudios,
silvestre alimento busca.
Muere la Reyna, él cautivo,
al verse jóven, rehusa;
la prision teme el anciano,
mañosamente le oculta:
Déxale encerrado, y sale,
encuéntrole en la espesura,
y por redimir su vida
quanto os he dicho pronuncia.
Estos han sido los lances
de esta impensada aventura;
pues me dexais que refiera,
permitidme que discurra,
y escúcheme las razones
quien la palabra me escucha.

Invencibles Amazonas,
ya es tiempo de que sacuda
vuestra vista esas tinieblas,
que si no ciegan, ofuscan.
Menalipe vuestra Reyna,
aunque tan atenta y justa,
en daño de nuestro Imperio
torpemente se descuida
en las caricias del ocio,
ó se adormece ó se arrulla.
Su valor nada es en ella
primero que su hermosura;
trage femenil le adorna,
la seda en sus vestiduras,
ó igualmente se descoge,
ó hermosamente se arruga.
Al fuerte arnes substituyen
las delicadas injurias
del carton, en cuyo brazo
es floxedad la apretura.
Los cabellos atormenta
en igualdades confusas,
no el hierro que los defiende,
sino el que los habitúa.
Todo es ocios la Matrona,
sus huellas siguen algunas,
que para hacerse imitar
el que yerra del que adula,
no ha menester persuasiones,
solo ha menester disculpas.
Pues qué es esto? dónde está
aquel denuedo, que asusta
las Naciones? dónde suena
el bronce que le divulga?
La fama nos va dexando
aquellas veloces plumas,
que daba á nuestros Anales,
y están sirviendo á su fuga.
Ea, fuertes Amazonas,
otra vez al mundo luzcan
estos militares rayos,
que sino abrasan, no alumbran.
El Sármata nos infesta,
sin gente estos campos cruza;
ordénense nuestras huestes,
rechácense ya sus furias;
desmiéntanse los presagios,
muera el que habita en la gruta
de ese bosque, no volvamos
á la sujecion injusta
de los hombres; suene el parche,
gima el bronce, el hierro cruxa;
y sepa el mundo, que vive
una muger sin segunda,
que aplicando el hombro fuerte
á esa máquina caduca,
supo parar con un brazo
la rueda de la fortuna.

Todas. Viva la gran Miquilene.

Menal. Qué decis, infame turba?

Miquil. Decid Menalipe, amigas,
que es vuestra señora Augusta.

Menal. No quiero deber ingrata
su atencion á su locura.

Miquil. Mi intencion es solamente
dar á nuestro Imperio ayuda.

Menal. Ya te entiendo, yo sabré
vengarme de tus astucias.

Miq Qué ha de hacer quien siẽpre ha sido
mas hermosa que robusta?

Menal. Qué es esto, Amazonas mias,
cómo sufris mis injurias?

Miquil. Tuyo es el Reyno que amparo;
lleva ese cautivo, Julia,
á mi quarto, que yo misma
le he de guardar. *Men* Qué esto sufra!
quien fuere leal me siga.

Miquil. No te seguirá ninguna
primero que yo. *Menal.* Ah traidora!
tú conocerás mi furia. *Vase.*

Miquil. Traidora? mas di, que todo
se le sufre á la hermosura:
ea, Amazonas, la gente
se ordene, el Sármata huya;
toca al arma, y todo el Orbe
se escandalice ó se aturda.

Julia. Todas repetid, que viva
la que nuestro bien procura.

Todas. Viva Miquilene.

Miquil. No digais eso.

Julia Pues dinos de lo que gustas.

Miquil. Muera el hombre.

Todas. El hombre muera.

Miquil. O cómo el oido adula
esa voz! muera, que el serlo
es bastante para culpa.

JOR-

JORNADA SEGUNDA.

Sale Astolfo enojado, y Aurelio y Soldados deteniéndole.

Astolfo. Apartad. *Aurel.* Aguarda.
Sold. 1. Espera.
Astolfo. Soldados, dexadme hacer
pedazos á esa muger.
Aurel. Mira::- *Sold.* 1. Advierte::-
Sold. 2. Considera::-
Aurel. De Tomiris dando á Ciro
la muerte, un retrato vió
en el Templo, y se irritó:
no mirarás::- *Astolfo.* Ya lo miro:
qué quereis, que á una traicion
ayude mi sufrimiento?
Aurel. Mira que tu entendimiento
se ha vuelto imaginacion.
Astol. Muera el monstruo q̃ me asombra.
Aurel. Muera, mas no has reparado
en que se halla desayrado
golpe que hiere en la sombra?
Astolfo. Aurelio, yo no te entiendo.
Aurel. Sosiega, y me explicaré.
Astolf. En ese Templo no entré?
á Júpiter ofreciendo
una víctima sangrienta
no estaba, porque obligado
tomase ya su cuidado
nuestras armas por su cuenta,
quando algo léjos de mí,
volviendo acaso los ojos,
envuelto entre sus enojos,
una muger descubrí;
que enmarañado el cabello
de un jóven su torpe mano
con el acero inhumano
le estaba segando el cuello;
y que despues de cebada
en la injusta alevosía,
y en la sangre que vertia,
parece que le anegaba,
diciendo, este humor sangriento,
porque anhelabas, apura,
que quiero ver si te dura
la sed despues del aliento.
Pues por qué no he de llevarme
del afecto de hombre, al ver
la crueldad de una muger?
Aurel. No acabarás de escucharme?
Eso que te pareció
muger, es una pintura,
en cuyo primor se apura
quanto el arte imaginó.
De Ciro muerto á las manos
de Tomiris, representa
la imágen. *Astolfo.* Mi ingenio intenta
crecer con intentos vanos: *ap.*
rara fué mi inadvertencia;
ah paternal injusticia,
qué me importa tu noticia,
si me falta tu experiencia?
enmendar mi error ahora
ha de intentar mi cordura.
Ven acá, no es la pintura
imitacion? *Aurel.* Quién lo ignora?
Astolfo. Pues pese al necio Pintor;
con qué puede disculpar
ya que se puso á imitar,
el imitar lo peor?
Ese que las líneas tira,
por error tan inaudito,
quando imitaba el delito
no le cometió sin ira.
Si una muger ha podido
hacer accion tan cruel,
por qué no dexó el pincel
hacer su oficio al olvido?
Es bien, que una injusta accion,
con los colores mezclando,
nos parezca que está dando
color á la sinrazon?
Claro está, que está pintado;
eso nunca lo dudé,
solo de ver me enojé
lo malo bien imitado.
Ea pues, echad del Templo
esa muger; qué aguardais?
rõpedla, ajadla: no vais? *Vanse los Sold.*
Aurel. Obedeced: así templo *ap.*
su enojo. *Astolfo.* Así persuado *ap.*
á que no erró mi sentido,
y pasa por advertido
aquello que fué ignorado.

Aurel.

Aurel Rara inquietud!
Astolfo. Que al gran Ciro
una muger le acabase,
y entre su sangre anegase
su postrimero suspiro?
Aurel. Qué tienes? *Astol.* Aurelio amigo,
qué es tan cruel la muger,
que tiene tanto poder
este comun enemigo?
Aurel. En lo que te veo dudar,
me parece::- *Astolfo.* No prosigas,
que ántes que tú me lo digas,
te lo quiero yo fiar;
que siendo noble y honrado,
bien podrás inadvertido
decir lo que tú has sabido,
mas no lo que te han fiado.
Es verdad, rústico soy,
en estas selvas nací,
solo á un padre conocí,
que ahora buscando voy.
Ayer ví la luz primera;
mi antigua cuna fué dentro
de esa gruta, donde el centro
me quiso servir de esfera.
De esto nace ser tan rudo
mi nuevo conocimiento,
que solo mi entendimiento
se conoce en lo que dudo.
No diga pues tu arrogancia
defectos de mi experiencia,
que no fio mi paciencia,
porque fio mi ignorancia.
Aurel. Dexa á tu ingenio creer,
sin que del dudar se ofenda,
que si no es saber, es senda
el dudar para el saber.
Y viene á ser el dudar
del saber tan cierta seña,
que puede decir, que enseña
el que sabe preguntar.
Astolfo. Pues ya que puedo vencer
esta ignorancia en que estoy,
sabe, Aurelio, que hasta hoy
no he visto alguna muger.
Y como en los libros leo,
que es tan cruel é irritada,
nunca he perdonado nada
de lo atroz ni de lo feo;
quisiera, amigo, saber
con qué hechizo ó con qué encanto
una muger puede tanto,
para enseñarme á vencer
los ardides de su engaño,
por ver si al peligro atento
puedo hacer que el escarmiento
llegue primero que el daño.
Aurel. La fuerza de sus enojos
mayor, lo mas inhumano
de su obrar, no está en su mano.
Astolfo. Pues donde está?
Aurel. En nuestros ojos.
Astolfo. Pues un sentido que es mio,
ha de ser mi opuesto? *Aurel.* Sí.
Astolf. Y quién podrá contra mí
irritarle? *Aurel.* Tu alvedrío.
Astolf. Ese no es libre? *Aurel.* Es verdad.
Astolf. Pues cómo su daño elige?
Aurel. Porque no es él quien se rige.
Astolf. Pues quién es? *Aurel.* La voluntad.
Astol. Y el entendimiento? *Aurel.* Errado
se dexa de ella vencer.
Astolfo. Pues no tiene mas poder?
Aurel. Sí; pero ménos cuidado.
Astolfo. De la razon los consejos
no escucha? *Aurel.* Tal vez los vé.
Astolfo. La conoce? *Aurel.* No.
Astolfo. Por qué?
Aurel. Porque se la pone léjos.
Astol. Y la atencion? *Aurel.* La atencion
en la belleza se apura.
Astolfo. Pues ven acá, la hermosura
puede mas que la razon?
Aurel. Sí, Astolfo. *Astolfo.* Que tal se diga!
qué importa que mas me agrade?
Aurel. Mira, la razon persuade;
pero la hermosura obliga.
Astolfo. Aurelio, en resolucion,
yo aborrezco las mugeres.
Aurel. Astolfo, aunque no las quieres,
guárdate de la ocasion.
Astolfo. Yo las he de aborrecer.
Aurel. No podrás aborrecerlas.
Astolfo. Digo que no puedo verlas.
Aurel. Si las vés, las podrás ver.
Astolfo. Airado estoy y advertido.

Aurel. Triunfarán de tus enojos.
Astolfo. Sacaréme yo los ojos.
Aurel. Se entrarán por el oido.
Astolfo. Yo no acabo de entenderte:
mi oido me ha de vencer?
eso cómo puede ser? *Suena Música.*
pero escucha. *Aurel.* De esta suerte.
Astolfo. Es esta muger? qué ruido
tan dulce y tan oportuno!
Aurel. Astolfo, este es el uno
de los riesgos del oido;
por esta lisonja atroz
tal vez se duda ó se ignora.
Astolfo. Ah! no discurras ahora;
déxame, pese á tu voz: *Cantan dentro.*
1. Quién conoce al Amor, mortales?
2. Quién conoce al Amor?
3. Todos, que á todos alcanzan sus males.
4. Nadie, que nadie conoce al traidor.
Astolfo. Aurelio amigo, qué es esto?
Aurelio. Lo mismo que yo te he dicho:
buscando esa obscura gruta,
de tu vida albergue antiguo,
donde á tu anciano maestro
deseas hablar, venimos
tan cerca de la Ciudad,
que si no me engaña el tino,
en la Quinta de la Reyna,
que de este bosque al principio
ha de estar, suenan las voces.
Astolfo. Y ven acá, estas que oimos
son mugeres? *Aurel.* Si.
Astolfo. Qué dices?
mugeres son? Ahora digo, *ap.*
que pueden temer los ojos,
si son como los oidos.
Aurel. Qué dices? *Astolf.* Nada, que vayas,
(vuelva á recogerse el brio) *ap.*
y dispongas nuestra gente,
porque mañana imagino
dar el asalto, supuesto,
que esta música es indicio
de que se ha entregado al ocio
el valor del enemigo.
Porque se vaya y me dexe *ap.*
escuchar, esto he fingido.
Aurel. Y es bien que te quedes::- *Astolf.* Sí.
Aurel. En el riesgo? *Astolfo.* No te admito
las réplicas: *Aurel.* Yo me voy. *Vase.*
Astolfo. Vuelvo á aplicar el oido.
Música. Amor, dudoso accidente,
que rindes la libertad,
cuyo dolor es verdad,
cuya verdad siempre miente:
si le ignora el que te siente,
quién conocerá un ardor,
que habita con el horror,
y engaña con las señales?
quién conoce al Amor, mortales?
quién conoce al Amor?
Astolfo. Estas mañas tiene Amor?
huyamos, sentidos mios,
porque la fuga es valiente,
quando es cobarde el peligro.
Aquí está la obscura gruta,
que fué mi primer asilo;
hablar á mi anciano padre
importa: yo determino
ampararme en sus entrañas
de ese mentiroso hechizo.
Vuelven á cantar.
Pero otra vez la armonía
me arrebata los sentidos:
quiero reclinarme un poco,
que mi movimiento mismo
parece que me embaraza
la dulzura del oido.
Rudo pedazo del bosque,
pardo formidable risco,
que de esa gruta cerrabas
ayer el tosco edificio,
si de prision me serviste,
hoy me servirás de alivio,
sino es ya que con los brazos
mañosamente te oprimo,
porque á prenderme no vuelvas
en viéndome divertido.
Reclínase sobre el peñasco, que cayó de la gruta, y vuelven á cantar.
Música. Quien dice que la hermosura
no puede mas que el sentido,
ó no se precia de humano,
ó desprecia lo divino.
Astolfo. Parece que turba el sueño
de los ojos el oficio;
dulcísima voz, defiende

por

por un rato los oidos. *Duérmese.*
Música. Nadie contra Amor se esfuerce,
que sus rayos vengativos,
donde hay ménos resistencia
suelen herir mas remisos.
Dent. Miquil. Dexad de cantar, villanas;
ahora infamais lo limpio
á la ira, con la vileza
de esos rumores festivos?
Vive Dios, que he de romper
esos instrumentos mismos,
que de vuestra voz repiten,
ó acompañan el delirio.
Salen Julia, Martesia y Flora huyendo de Miquilene, que saca una guitarra hecha pedazos.
Jul. Huye, Martesia. *Mart.* Anda, Flora.
Miquil. Ah canalla! el enemigo
á la vista, estais llamando
al ocio con incentivos?
Julia. Señora, la Reyna::- *Miquil.* Quién?
Julia. La Reyna gustó de oirnos;
despues que desde una reja
de esta Quinta dió motivo
con un tono. *Miquil.* Bien está;
ó cómo es achaque antiguo,
para buscar la disculpa,
autorizar el delito!
No esteis mas en mi presencia,
villanas; y si me ha visto
la Reyna, decid, que á mí
no me sufren los oidos
canciones de amor, y mas
quando el marcial exercicio
necesita de los ecos
de mas generoso ruido:
no os vais? *Julia.* Te has de quedar sola?
Miquil. El compañero mas digno
de mí, será mi valor,
él se quedará conmigo. *Vanse las 3.*
Bien se ha dispuesto, ya es tiempo
de que obre mi brazo invicto
la mejor hazaña: espero
un poco, á ver si han querido
espiarme estas criadas:
mas los árboles vecinos
las ocultan ya; segura
estoy aquí: valor mio,
no á lo grande de la hazaña,
á lo nuevo te apellido.
Hácia aquí ha de estar la gruta
de aquel anciano cautivo,
y en ella habita ese monstruo,
que amenaza con prodigios
nuestro Imperio: hoy, Amazonas,
debereis al brazo mio
su muerte, y vuestro sosiego:
llego pues; pero qué miro!
junto á la rústica puerta,
sobre un erizado risco,
el monstruo que voy buscando,
ó muerto yace ó dormido:
si ántes que yo, pudo alguno
darle muerte? ó qué remiso
mi enojo ha estado! yo quiero
llegar á ver si está vivo;
ya es ira en mí el desear
la vida del enemigo.
Vivo está: albricias, enojos,
que con afan sucesivo
se siente en su aliento el ayre
arrojado ó recogido:
y si bien reparo en él,
ahora que el viento mismo
mudo me dice por señas,
que callará mi delito.
No es tan formidable, no,
como mi enojo creia,
ántes (á espacio, alma mia)
parece que me agradó:
yo me aparto; pero no
me aparto: terrible empeño!
qué es esto, monstruo halagüeño?
dónde la industria has hallado
de producir el cuidado,
y quedarte con el sueño?
No sé qué lisonja grata
cautiva mi resistencia,
como que es una violencia,
que sin violencia arrebata:
enojos, quién os dilata?
dónde está la imitacion
de que os armó la razon?
mas quién os dixera, enojos,
que habian de estar los ojos
tan cerca del corazon?

Co-

Como suele crecer lento
el pimpollo, tanto, que
ninguno crecer le vé,
y todos vén el aumento:
así acá en el desaliento
de mi corazon rendido,
es la fuerza del sentido:
tan oculta viene á ser,
que no se siente crecer,
y se siente que ha crecido.
Amor sin duda (ay de mí!)
del hombre::- pero qué digo?
hombre y amor en mis labios,
y no me vuelvo á mi estilo?
Ay Miquilene! qué es esto?
adónde estás, valor mio?
mas no estás muy olvidado,
pues me acuerdo del olvido.
Muera este monstruo á mis manos;
al arco la flecha arrimo;
la veloz pluma á la mano;
la mano al nervio torcido:
y volviendo la atencion
al blanco::- mas qué atractivo
semblante! qué generoso
agrado! qué dulce hechizo!
Parece que reclinado
en la tierra, al ver que aplico
la flecha al arco violento,
mis descuidados avisos,
para obligar mi piedad,
le están fingiendo dormido:
si no cierro entrambos ojos,
en vano me determino.
Mas qué importa que los cierre,
si el valor con que me animo,
dirá, que espero no verle
para no acertar el tiro?
Pero por qué no me acuerdo
de que es este aquel prodigio,
hijo de la vil Talestres,
del vil Alexandro hijo?
y que al ver la luz del Sol
caerá nuestro Imperio invicto
á los pies de la fortuna?
Muera pues, muera dormido;
porque quando abra los ojos
no se cumpla el vaticinio.
Esto ha de ser, muera. *Astolfo.* Quién?
Al tirarle, despierta Astolfo, y se detiene.
quién á llegar se ha atrevido
donde yo::- pero qué veo?
detente, suspende el tiro:
hermosa deidad, quién eres?
quién eres, bello prodigio?
que me han robado los ojos
todos los demas sentidos.
Miquil. Una muger soy. *Astol.* Qué dices?
muger eres? ahora digo,
que pueden temer los ojos,
si son como los oidos.
Miquil. Defiéndete, ya que abriste
los tuyos, y se ha cumplido
el presagio, que no quiero,
que me dés lo que mis brios
pueden quitarte, y que digas,
que haces larguezas conmigo.
Astolfo. Pues por qué, hermosa homicida,
cuya belleza ha podido
alumbrar en un instante
tinieblas de todo un siglo;
pues por qué contra mí empuñas
ese acero vengativo?
Qué hay en mí, que te merezca
tanto rigor? qué delito
tan felizmente me culpa,
que merece tu castigo?
Dónde camina ese harpon,
que el arco tiene oprimido?
si al corazon, para qué?
quando esos ojos esquivos
con no sé qué oculta flecha
le tienen ya tan herido,
que al ver en mi pecho el golpe,
llegaré á sentir yo mismo
el desayre de tu brazo,
en la ociosidad del tiro.
Cáese el arco á Miquilene.
Mira que el arco y la flecha,
señora, se te han caido;
no porque sobren tus armas,
merecen tus desperdicios:
guarda esos descuidos tuyos
para estos cuidados mios:
vuelve á cobrar. *Miquil.* Calla, encanto
de mis enojos altivos,

no injuries mas mi valor,
no dés mas fuerza al hechizo,
que si poco ha durmiendo
sobre ese rústico arrimo,
pudiste conmigo tanto,
qué no has de poder conmigo,
quando la voz y los ojos
tu eloqüencia han socorrido?
Astolfo Qué es esto que siento en mí,
bellísimo asombro mio?
qué veneno por los ojos
en el alma has infundido?
Miquil. Jóven gallardo, qué es esto,
que empezó gozo sencillo,
y se va haciendo cuidado
cada instante que te miro?
Astolfo. Parece que acá en el pecho
siento un ardor indistinto,
que consume como ardiente,
y regala como tibio.
Miquil. Parece que vas quitando
la libertad al sentido,
sin que eche ménos el alma
la falta del alvedrío.
Astolfo. Ven acá, sabes de Amor
la facultad ó el oficio?
Miquil. Ven acá, sabes la ciencia
de ese docto desvarío?
Astolfo. Es esto quererte bien?
Miquil. Es esto haberme rendido?
Astolfo. Mas dónde voy? cómo tanto
de mi corazon me olvido? *ap.*
Miquil. Mas dónde voy? qué se han hecho
mis enojos vengativos? *ap.*
Astolfo. Muger, vete de mis ojos.
Miquil. Hombre, vete de los mios.
Astolfo. La vida tienes, qué esperas?
Miquil. Ea, ya te dexo vivo.
Astolfo. Por no matarte me voy.
Miquil En fin, te vas?
Astolfo. Si me has dicho
que me vaya, qué he de hacer?
Miquil. Qué presto has obedecido?
y tú me dexabas ir?
Astolfo. Qué poco puedo contigo!
Dentro Julia. Miquilene.
Dentro Indatirso. Astolfo. *Miq.* Quién
me ha llamado? *Astolf.* A quién he oido
mi nombre? *Miquil.* Astolfo te llamas?
Astolfo. Y tú, hermoso encanto mio,
Miquilene? *Miquil.* No quisiera,
que pudieran descubrirnos
mis Amazonas. *Astolfo.* Yo temo
de mis Soldados lo mismo.
Julia. Ha del bosque. *Ind.* Ha de la selva.
Julia. Miquilene. *Indat.* Astolfo invicto.
Miquil. Ya están mas cerca.
Astolfo. Ya llegan.
Miquil. Pues mejor es dividirnos.
Astolfo. En qué quedamos?
Miquil. Yo muerta;
y tú cómo vas? *Astolfo.* Rendido.
Miquil. Me olvidarás?
Astolfo. No es posible.
Miquil. Y me verás? *Astolfo.* Es preciso.
Miquil. Cómo ha de ser? *Astolf.* Eso queda
por cuenta del valor mio.
Miquil. Pues á Dios. *Astolfo.* A Dios.
Vase Miquilene por un lado, y al irse Astolfo sale Indatirso con una cadena al pie, y le detiene.
Indat. Astolfo,
dónde vas? *Astolfo.* Padre Indatirso::-
Indat. Dame los brazos, que yo
tu muerte habia creido, *Abrázale.*
como no te hallé en la gruta.
Astolf. Qué cadena es esa? *Indat.* Ay hijo!
mucho ménos me congoja
mi prision, que tu peligro.
Apénas ayer salí,
miéntras quedabas dormido,
de esa gruta, quando (ay Cielos!)
el temor de este distrito,
la mas rígida Amazona
de este Imperio vengativo,
me cautivó. *Astolfo.* Pues qué temes,
si ya estás libre y conmigo?
Indat. Ay Astolfo! que temiendo
la muerte al raro prodigio
de tu vida disfrazado
(yerro fué, el miedo lo hizo)
esta Amazona, despues
que sabe tu alto principio,
darte la muerte ha resuelto.
Astolfo. De suerte, que ha merecido
ántes que yo esa Amazona

sa-

saber quien soy, y conmigo
siempre cruel::-*Indat.* Ya no es tiempo
(ay Astolfo!) de encubrirlo,
que es menester tu valor,
y si hoy está adormecido,
con tu propia obligacion
he de recordar tus brios.
Talestres, heroyca Reyna
del nunca Imperio vencido
de las Amazonas, fué
tu madre: Alexandro invicto,
cuya prodigiosa historia
muchas veces te he leido,
tu padre. *Astolfo.* Eso sí, que estaba
mi valor como oprimido,
y ha mucho que mi discurso
anda huyendo de mí mismo;
pero cómo aprisionado
tanto tiempo me has tenido,
siendo quien soy?
Indat. Porque viendo
tu madre, que era preciso,
segun las leyes del Reyno,
el dar la muerte á los hijos;
inducida de tu estrella
y del materno cariño,
te ha guardado ocultamente
en este rústico sitio,
fiándote á mi cuidado,
que casi en el tiempo mismo
que naciste, de Sarmacia
vine á Escitia fugitivo
por un caso, cuyos ecos
aun asustan el oido.
Astolfo. Sí; pero negarme el Cielo
y la luz del Sol, no ha sido
crueldad? *Indat.* Sí; pero crueldad
religiosa del arbitrio
de tu madre, á quien la voz
del grande Apolo predixo
la ruina de su Imperio,
quando sus rayos benignos
llegasen á ver tus ojos.
Astolf. Y esta Amazona, que ha dicho
que sale á darme la muerte
quién es? *Indat.* El mayor prodigio
de la Escitia, Miquilene.
Astolfo. Quién, padre? quién, Indatirso?
Indat. Una prima de la Reyna,
en quien lo hermoso y lo esquivo
se compiten ó se exceden.
Astolfo. Válgame el Cielo divino!
toda mi vida es asombros.
Y tú por dónde has salido
de esa prision? *Indat.* Eso, Astolfo,
seguro estoy, ven conmigo,
que esto es lo que mas importa,
y lo que aquí me ha traido.
Tu madre (atiende) con ansia
de ver tal vez á su hijo
sin riesgo de que supiesen
sus vasallos su delito,
valiéndose de la industria
de sus confidentes, hizo
romper una oculta mina,
que desde el Palacio mismo
llega á esta gruta, en la qual
pude tenerte escondido
tantos dias, sin rezelo,
porque á Júpiter divino
es consagrado, y yo estaba
por su Sacerdote indigno
reputado, sin que nadie
á penetrar el distrito
de este bosque se atreviese;
pero ayer la suerte quiso,
que el sitio de mi prision
fuese aquel retrete mismo,
que la entrada de la gruta
esconde con artificio
tan primoroso, que engaña
los ojos mas advertidos.
Y como ya algunas veces
descifré el secreto antiguo,
aventurando mi vida,
por él vengo á darte aviso,
de que Miquilene intenta
cortar de tu vida el hilo,
que así lo propuso ayer
en mi presencia: vecino
está el riesgo, Astolfo amado,
no excusarle es precipicio.
De Sarmacia está á la vista
un Exército lucido,
en él busca tu defensa,
y ven contra tu enemigo.

De esta cueva en que naciste,
el encubierto portillo
te puede dar la victoria,
nadie la mina ha sabido
desde que murió tu madre.
Yo vuelvo á estarme cautivo,
por desmentir la sospecha:
aborte el preñado abismo
gente, que obre tanta hazaña:
sin los afanes del sitio,
será tuya Temiscira.
En poco tiempo te he dicho
muchas cosas: el remedio
no es difícil y es preciso:
pásese pues á las manos
la atencion de los oidos.
Astolfo. Padre, señor, ó maestro,
ó lo que es mejor, amigo,
de suerte, que hasta el Palacio
(Amor, ya hallaste camino, *ap.*
para que entre la esperanza
á fabricar tus alivios)
corre esa mina? *Indat.* Sí, Astolfo;
y pára en el quarto mismo
de la fuerte Miquilene.
Astolfo. Qué dices? *Indat.* Lo que has oido.
Astolfo. Pues no quiero saber mas;
vete con Dios, padre mio.
Indat. Ya la noche te convida,
que es amiga del delito.
Astolfo. Y del amor lo es tambien:
veré á mi dueño querido: *ap.*
al punto á la gruta vuelvo.
Indat. A mi prision me retiro;
quédate con Dios, Astolfo.
Astolfo. Vete con Dios, Indatirso.
Indat. Silencio, y hable el esfuerzo.
Astolfo. Cuidado, y hable el destino.
Vanse cada uno por su lado, y salen Lucindo y Julia con una luz.
Julia. Aquí podremos hablar,
que hasta muy tarde no viene
á su quarto Miquilene.
Luc. Y me puedo asegurar?
Julia. No te venza el miedo. *Luc.* No?
diz que vencerme temia:
es el miedo, Julia mia,
tan cobarde como yo;
y á ser mas valiente vengo,
tal vez, porque el miedo huyera,
como yo no le tuviera;
pero yo siempre le tengo.
Julia. Miquilene, como digo,
viene muy tarde; y así,
por mas seguro elegí,
para que hablases conmigo,
su quarto, porque Camila
no es posible imaginar
que estás aquí. *Luc.* Fuera dar
con todo al traste. *Julia.* Seguíla,
y allá en el quarto quedaba
de la Reyna entretenida,
y la Reyna divertida
con tu amo se baxaba
hácia al Jardin. *Luc.* Que no sea
posible dexarme ver
á mi amo? *Julia.* Podrá ser,
que él esta noche te vea.
Luc. Ya lo deseo infinito.
Julia. Hablemos de nuestro amor.
Luc. Bien dices, esto es mejor.
Al paño Camila.
Cam. Cogíles en el garlito.
Luc. En fin, reñisteis por mí
Camila y tú? *Julia.* Sí reñimos,
mas luego nos compusimos,
poniendo entrambas en ti
nuestra razon, para que
prosiga la que eligieres,
y sufra la que excluyeres.
Cam. A qué buen tiempo llegué.
Luc. Si esto á mi voto ha de ser,
gran batalla se te ofrece.
Julia. Por qué? *Luc.* Porque me parece,
que á la otra he de escoger.
Cam. Eso sí. *Julia.* Que esta respuesta
aguarde! pues qué razon
halla en ella tu eleccion?
Luc. Qué razon preguntas? esta:
Camila muestra cabal
su fe al dar al que la vé;
pero tiene un no sé qué,
que es fea, y parece mal.
Sus ojos son pequeñitos,
y vizcamente dudáron,
cómo no se los rasgáron,
por-

porque estaban mal escritos.
Sus cejas, arcos serán,
con que en la frente afectada
tire la almendra quemada
al blanco del soliman.
Su boca es chirlo crecido,
que de oreja á oreja crece,
y de ambos lados parece,
que puede hablar al oido.
En esta boca imperfeta
reyna el cruel neguijon,
y en ella los dientes son
negrillos con tanta geta.
En una corcova oculto
dice el talle, yo no fuí
quien esta espalda escogí,
que me la diéron á bulto.
Mas con ser todo tan fiero,
y tanta su imperfeccion,
tiene una fuerte razon
en tener mucho dinero.
Y si en mi voto ha quedado,
pienso que peligrarás;
porque aunque te quiero mas,
estoy de ella mas pagado.
Julia. Estaba yo por matarte
á coces. *Sale Camila.*
Cam. Yo ayudaré,
que mi pintura escuché. *Péganle.*
Luc. Muerto estoy de parte á parte.
Cam. Venga acá, y vamos al caso.
Luc. Justicia á los Cielos pido.
Cam. Yo digo, Julia, que envido.
Julia. Yo que quiero. *Luc.* Yo que paso:
favor, Cielos soberanos!
Cam. Qué quieres? *Luc.* Qué he de querer?
que esta es la primer muger,
que me ha puesto á mí las manos;
y vive Dios, que tambien
se las quiero poner yo.
Cam. Quién tal desvergüenza vió?
Luc. Usted no me entiende bien.
Cam. Qué hace pues, que no se explica?
Luc. Mire vuesarced, allá
se ponen como quien dá,
acá como quien suplica.
Cam. Vuélvame aquí á mi poder
quanto le he dado. *Luc.* Qué es dar?
en este juego, el sacar
es mas fácil, que el volver.
Julia. Justamente lo has pedido;
vuélvalo todo el taymado.
Luc. Todo quanto usted me ha dado,
cosas de comer han sido
Cam. Ni aqueso, segun me entibia,
su modo no ha de tener.
Luc. Pues si aqueso he de volver,
vaya usted por agua tibia.
Julia. Tente, Camila, Polidoro viene.
Cam. Pues si este quarto es de Miquilene,
cómo se atreve á entrar?
Luc. Sea bien venido:
si se tardara un poco, soy perdido.
Julia. No vés, qué sin aliento, y q̃ turbado
viene? *Cam.* Y la Reyna al otro lado
le hace señas con semblante incierto.
Julia. Qué será? *Cam.* No lo sé.
Julia. La luz han muerto
de esotra pieza.
Cam. Hay confusion mas rara!
Julia. Ya van saliendo.
Cam. Veamos en qué para.
Salen Menalipe y Polidoro recatándose.
Menal. Camila, mira desde ahí si viene
mi prima Miquilene,
que estando en el Jardin con Polidoro
(si fué malicia ó presuncion ignoro)
nos fué siguiendo, y viendo que guiaba
hácia mi quarto, y que del suyo estaba
mas cerca, fué preciso
el entrarnos en él, y así se hizo.
Luc. Señor, no hay mas hablar?
Polid. Lucindo amigo,
luego hablarémos largo; ven conmigo.
Menal. No pienso que me ha visto.
Julia. Ella os trae buenos.
Polid. Al salir del Jardin, yo por lo ménos
me hallé bien cerca de ella.
Men. Ya sé, traidor, que por volver á vella
pusiste en contingencia mi recato.
Polid. Yo, Menalipe mia?
Menal. Calla, ingrato.
Polid. Sabe Amor::-
Menal. Ya conozco tus antojos.
Polid. Que mis ojos::-
Menal. No me hables de tus ojos,
que

que si andan en mi ofensa tan tiranos,
no pararé hasta verlos en mis manos.
Julia. Señora, aguarda, que viene
tu prima, si no me engaño.
Menal. Qué dices? válgame el Cielo!
ó cómo se ha asustado
el valor en el delito!
Polid. Dexa que venga, y veamos
en qué se fundan tus riesgos,
quando yo estoy á tu lado.
Menal. Eso dices, eso estimas?
así arriesgas mi recato?
Mata, Camila, esa luz,
y tú á lo mas retirado
del quarto puedes llevar
á Polidoro, entre tanto,
que Camila y yo salimos
por esta puerta, y nos vamos;
que Miquilene no es hora
de recogerse, y si acaso
vuelve á salir, vendré yo
por vosotros. *Luc.* Presto, vamos,
que esta muger trae coleto
hecho de la piel del diablo.
Polid. Repara:- *Menal.* Mata esa luz;
á buen tiempo es el reparo:
de una muger te recatas,
y otra te lo está rogando?
haz menosprecio del duelo,
si del riesgo no haces caso.
Polid. Ya te obedezco, señora.
Julia. Ven, señor. *Menal.* Julia, cuidado.
Apártanse Menalipe y Camila á un lado, y al otro Polidoro, Julia y Lucindo, y salen á la puerta Miquilene y Martesia.
Miqil. La luz han muerto; sin duda
de mi quarto se amparáron.
Sale Astolfo por la mina.
Astolfo Acertó la oculta boca
de la mina mi cuidado.
Miquil. Hanme dicho que la Reyna
tiene encubierto en Palacio
á su amante, y de esta suerte
estoy resuelta á apurarlo.
Astolfo. Si no me engañó Indatirso,
hácia aquí ha de ser el quarto
de la hermosa Miquilene:
gobierne el amor mis pasos.
Menal. Camila. *Cam.* Señora mia.
Menal. Ya acerté la puerta, vamos. *Vanse.*
Encuentra Polidoro con Astolfo.
Polid. Julia? quién es? Lucindo?
pero si el trage ha trocado,
quién puede ser sino tú:
no es suceso bien extraño
el andar por Miquilene
de esta suerte? *Astolfo.* Cielo santo,
hombre es este: Miquilene *ap.*
no dixo? penas, á espacio.
Julia. Vamos, señor, no te pares,
que aquí está la puerta.
Polid. Vamos. *Vanse.*
Miquil. Martesia, trae una luz,
que ya en esto me he empeñado:
parece que se retiran; *Vase Martesia.*
yo me quiero ir acercando.
Astolfo. Llegarme quiero otro poco,
por si mas indicios hallo.
Miquil. Sabré á quien tiene la Reyna
oculto dentro en Palacio.
Astolfo. Sabré á quien tiene la ingrata
Miquilene tan prendado.
Encuéntranse los dos.
Miq. Pero quién es? qué hombre es este?
primero que de mis brazos
se escape, sabré quien es.
Astolfo. Ella es, y ha imaginado
que soy su amante sin duda,
pues me abraza; ya qué aguardo?
Sale Martesia con luz.
Mart. Aquí está la luz.
Miquil. Quién es?
pero Astolfo! hay mas extraño *ap.*
pesar! Astolfo es el hombre
que Menalipe ha ocultado!
Astolf. Dónde se ha ido aquel hombre *ap.*
que aquí me habló? hay desengaño
mas evidente! *Miquil.* Qué miras?
ya se fué de tu cuidado
la causa; yo soy, qué buscas?
Astolfo. O nunca aquí hubiera entrado!
Miquil. O nunca desde el Jardin
seguido hubiera sus pasos!
Astolfo. El corazon se me ha muerto.
Miquil. Todo el aliento es desmayo:
Mar-

Martesia, dexa esa luz, *Vase Mart.*
y aguárdame afuera un rato.
Astolfo. Pues, Miquilene, que es esto?
despues que á mí me has llevado
el alma, otro amante ocultas,
y le buscas en los brazos?
Miquil. Otro amante? ya te entiendo;
achaques son del culpado,
por disminuir la queja,
introducir el agravio.
En fin, tú estabas rendido
á otra Dama, y tus engaños
me quisieron esconder
los golpes en los halagos.
Astolfo. Yo á otra Dama? á Dios pluguiera,
que así no sintiera tanto
tu rigor. *Miquil.* Esto es amor?
rabia es esta. *Astolfo.* Qué cuidado
tan nuevo siento en el pecho?
Miquil. No entiendo el dolor que paso.
Astolfo. Ven acá, ingrata, qué es esto,
que el aliento me ha quitado,
que sin saber lo que siento,
me ha muerto de sobresalto?
Miquil. Ven acá, traidor, qué golpe
en tus iras se ha fraguado
que no sé lo que padezco,
y sé que muero rabiando?
Astolfo. Mira, un oculto veneno
discurre en el pecho incauto,
que abrasa como encendido,
y entorpece como helado.
Miquil. Mira, un áspid invisible
me está el alma penetrando,
como que muerde, y no dexa
ni aun suspiro para el llanto.
Astolfo. Tú de otro amante rendida?
Miquil. Tú de otra Dama prendado?
Astolfo. Respóndeme á lo que digo.
Miquil. Yo responderte, villano?
qué, querias la lisonja
de verme pintar mi agravio?
Astolfo. De modo, que te resuelves
á quedarte con el cargo,
y porque el engaño adoro,
aun me niegas el engaño?
Miquil. Sí, Astolfo, este amor está
en los principios, salgamos
de este laberinto, que iba
creciendo con lentos pasos.
Astolfo. Dices bien, yo me conformo
con este acuerdo; rompamos,
aunque pese á nuestra fuerza,
el arco, que quizá el lazo
mañana estará en los pies,
si ahora está en nuestras manos.
Miquil. En fin te resuelves? *Astolfo.* Sí.
Miquil. Pues vive Dios, que este rato
de cárcel en que has tenido
mi alvedrío aprisionado,
te ha de costar::- *Astolfo.* Qué?
Miquil. La vida.
Astolfo. Bien está, al odio volvamos
antiguo: tú no me ofendes?
pues mañana haré que el campo
de mis Sármatas::- *Miquil.* Qué dices
de tus Sármatas? (extraño *ap.*
suceso!) luego tú eres
(sin duda mintió el anciano) *ap.*
el Príncipe de Sarmacia?
Astolfo. Allá te dirán mis manos
quien soy. *Miquil.* Allá? bien está:
dexaré el quarto cerrado, *ap.*
hasta vencer la batalla.
Astolfo. Buscaré, en saliendo, el paso *ap.*
de la gruta: estoy sin juicio!
Miquil. Con mis suspiros me abraso!
Astolfo. Guerra, Miquilene ingrata.
Miquil. Fuego y sangre, Astolfo ingrato.
Astol. Ah traidora! *Miquil.* Ah fementido!
Astolf. Ah mal nacida! *Miquil.* Ah villano!
Astolfo. Tú llorarás mi desdicha.
Miquil. Tú morirás á mis manos.

JORNADA TERCERA.

Salen Polidoro y Lucindo recatándose.
Luc. Ya miro con atencion.
Polid. Sal con silencio y recato.
Luc. No me vés pisar de gato
en conserva de raton?
Enseñóme á pisar quedo
el miedo, y aunque yo he sido
con quantos hay atrevido,
no me atrevo con el miedo.

Polid.

Polid. Ya la Aurora, como vés,
raya el celestial Zafir,
y va empezando á bruñir
lo que el Sol dora despues.
Luc. Risueña suele salir,
sin por qué ni para qué;
pero ahora si nos vé,
bien tiene de qué reir.
En el quarto de la fiera
Miquilene nos estamos
encerrados, sin que hayamos
visto á nadie de allá fuera.
Polid. Pues no ha vuelto la criada,
que aquí me dexó escondido
anoche, no habrá podido
entrar. *Luc:* Esta endemoniada
muger, esta Miquilene
lo trae todo en confusion,
con la mala inclinacion,
que contra los hombres tiene.
Válgate Dios por Matrona,
que al hombre no puedes ver;
no debes de ser muger,
ó debes de ser capona.
Que aunque la ira se cria
de espíritu y sangre ardiente,
estas iras solamente
proceden de causa fria.
Polid. Mas de tres horas habrá,
que se fué, el quarto cerrando.
Luc. Yo no sé en qué piensas, quando
vés que tu Exército::- *Polid.* Ya
(no me aflijas) ya te entiendo;
y aunque sé que no es disculpa
el confesar yo la culpa,
quando la culpa no enmiendo;
y que el decir que fué amor
quien de mí me hizo olvidar,
es solo querer borrar
un error con otro error.
Quiero decirte, si estamos
seguros, lo que he pensado.
Luc. Todo el quarto está cerrado,
no hayas miedo que nos vamos.
Polid. Ya sabes, que enamorado
de la grande perfeccion
de Menalipe, junté
mis Tropas: que la faccion
de sitiar á Temiscira,
de Sarmacia me sacó,
intentando, nuevo Marte,
rendir á Vénus mejor:
que un accidente impensado
mi entrada facilitó
en la Ciudad; y que ya
de Menalipe el favor
me hizo feliz: pues si alguno
dixere, que cómo estoy
en las caricias del ocio
adormeciendo el valor:
que cómo dexé empeñado
mi Exército en la faccion;
y cómo no le he avisado
de esta mi dulce prision;
responderé, que yo vine
enamorado, que Amor
con rendimientos pelea;
que él al riesgo me arrojó
de entrar solo en Temiscira;
que por mas que lo intentó
mi cuidado, no he podido
avisar mi gente; y que hoy
saldrás tú á dar esta nueva,
sino puedo salir yo.
Y en fin, que si vine á ser
de Temiscira señor,
comprando á costa de sangre
la victoria, y ya lo soy,
sin estrago de mi gente,
vencí con guerra mejor.
Mas si todo esto no basta,
diré solo, que yo estoy
enamorado, que el alma
dulcemente se rindió
á una hermosura; y si alguno
culpa pusiere á esta accion,
tome allá mi ceguedad,
y dispóngalo mejor.
Luc. Tú te acusas lindamente,
y te das la absolucion
mas lindamente, y en todo
hablas como un pecador.
Polid. Mucho tarda Menalipe:
hay mas rara confusion!
Fuerza es ya que procuremos
salir de aquí. *Luc.* Este balcon

cae

cae al campo; pero cae
desde muy alto, señor.
Polid. Mira si hallas una cuerda
con que arrojarnos. *Luc.* Ya voy.
Polid. Pero aguarda: qué es aquesto?
lo escuchaste? *Luc.* Vive Dios,
que se me ha puesto el cabello
tan alto como el balcon!
Sale Indatirso con cadena arrastrando.
Indat. Ayude el Cielo mi intento:
este es sin duda. Señor, *Arrodíllase.*
dame esos pies, porque en ellos
descanse mi corazon.
Polid. Qué es esto, anciano? quién eres?
Indat. Ah memoria, torcedor,
que rebozas para herir
el golpe que ya pasó!
Polid. Levanta, y dime quien eres.
Indat. Tu padre el Rey, bien sé yo,
que me hubiera conocido,
aunque tan trocado estoy.
Pol. Cómo es tu nombre? *Ind.* Indatirso.
Polid. Indatirso? *Indat.* El mismo soy.
Polid. Noticia tengo de ti,
y en el tiempo, que vivió
mi padre en Sarmacia, sé
que de una conjuracion
cómplice te quiso hacer
la envidia ó la emulacion
de un enemigo, y que luego
por tu inocencia volvió
el Cielo; y sé que mi padre
reducirte deseó
otra vez á su servicio.
Indat. Huyendo de su rigor,
ha quatro lustros que vivo
oculto en esta region;
mas para qué me detengo
en esto, quando el dolor
de verte en el riesgo, acude
con mas codicia á la voz?
Estando ahora á una reja
de este quarto, que es prision
de mi cansada vejez,
la Reyna á hablarme llegó,
y diciéndome quien eres,
asustada me mandó,
que en aqueste camarin
te buscase (qué temor!)
y te dixese, que está
puesta en grande confusion,
porque piensa, que te ha visto
Miquilene; pero yo
he de intentar::- Mira si alguien
nos oye. *Luc.* Pluguiera á Dios,
porque así no nos hablara
tan cerrada esta prision.
Indat. El Cielo aquí me ha traido,
para que os saque á los dos
de ella. *Polid.* Sacarnos? qué dices?
Luc. Temblando de miedo estoy.
Indat. Venid, que aquí, recatado
el secreto en la labor *Abre la mina.*
del pavimento, se oculta
una mina, que franqueó
el paso hasta el campo. *Luc.* Cómo,
viejo de mi corazon?
déxame darle mil besos.
Pol. Qué es esto? *Luc.* Cuerpo de Dios!
qué ha de ser? haberme hallado
una mina. *Polid.* Extraños son
los decretos de la suerte.
Indat. Por ella puedes, señor,
escaparte. *Polid.* Eso propones?
te olvidas de mi valor?
Ind. Qué dices? *Pol.* Que quando entraste
estaba buscando yo
por donde salir de aquí;
pero ya, siendo quien soy,
no he de dexar en el riesgo
á Menalipe: ay Amor!
me enseñas la libertad
para estrechar la prision?
Tú, Lucindo, puedes ir,
y di á mi gente, que estoy
ganándoles la victoria
á ménos costa; tu voz
pase con nombre de ardides
los urdimientos de Amor.
Luc. No me desagrada el medio,
porque en fin, si salgo yo,
no se pierde todo. *Indat.* Espera:
mucho aventuras, señor,
en quedarte. *Polid.* Esto es preciso;
no te vas? *Luc.* No sino no;
apártate, que es muy pronta
la obediencia del temor.
Indat. Pues si ha de ser, vete aprisa,

que solo he sabido yo
el secreto de esta mina;
y si la descubren hoy
abierta, se pierde todo.
Luc. Por Dios, que en el boqueron
hace obscuro, y huele á miedo.
Indat. Ande presto. *Luc.* Ya me voy.
Indat. Detente, quién es? *Luc.* Por eso
mismo no me tengo: á Dios. *Vase.*
Indat. Gente á la puerta ha llegado,
si no lo finge el temor:
déxame cerrar ahora; *Cierra la mina.*
retirémonos los dos,
hasta ver lo que dispone
la Reyna. *Polid.* A quién sucedió
lo que á mí? *Ind.* Presto, que llegan.
Polid. Mucho me debes, Amor, *Vanse.*

Salen Miquilene, Camila y Amazonas deteniéndola.

Miquil. Dexadme, qué me quereis?
Cam. Señora::- *Miquil.* Dexadme digo.
Cam. Ahora que el enemigo
intenta::- *Miquil.* Reyna teneis;
ella (muerta estoy!) la gente
que yo he juntado (ay de mí!)
gobierne (yo me perdí:
mortal es ya mi accidente!)
ó rija la Tropa, que yo
no estoy ya para otra guerra,
que la que mi pecho encierra:
Miquilene se acabó.
Camila, amiga, piedad,
que me abraso. *Cam.* No podré
saber yo tu mal? *Miquil.* No sé:
afuera un rato esperad. *Vans. las Criad.*
No sé, amiga, si este atroz,
este infame sentimiento,
quando me quita el aliento,
querrá dexarme la voz.
Pero al mal que estoy sufriendo,
y que mi valor rindió,
á ese escucha, porque yo
le padezco, y no le entiendo.
Verse abrasar, sin distinguir el fuego,
baxar tras los afectos el semblante,
estar en los alivios inconstante,
solo en la confusion hallar sosiego;
sentir la queja, y convertirse en ruego,
osar y desistir en un instante,
tener mil veces la razon delante,
y no hacer de ella el ímpetu mas ciego,
qué sé yo, no es decirle mi quebranto,
mis lágrimas persiguen mis enojos,
ellas dirán lo que á la voz se niega.
Si quieres saber mas, busca mi llanto,
socorre el corazon hácia los ojos,
que á la lengua del agua se me anega.
Cam. O yo estoy mal informada
de las señas que me das,
ó tú enamorada estás.
Miquil. Qué es estar enamorada?
Cam. Tú has visto::-
Miquil. No he visto tal
(en vano el dolor resisto) *ap.*
no me afrentes: sí, yo he visto;
harto he dicho: ese es mi mal.
Cam. Tú tienes una pasion,
que nace lisonja, y crece
hasta locura. *Miquil.* Parece,
que me has visto el corazon.
Cam. Ya conozco esos antojos.
Miquil. Mucho tu atencion repara;
no creí que era tan clara
la lengua que habla en los ojos.
Cam. Y no sabré (pues merezco
esta confianza) á quien
quieres bien? *Miquil.* Yo quiero bien
á un hombre á quien aborrezco.
Cam. Aborrecerle y quererle,
eso cómo puede ser?
Miquil. Pues si quiere á otra muger,
cómo no he de aborrecerle?
Cam. Tan aprisa los desvelos
de tu amoroso cuidado,
con zelos han encontrado?
Miquil. Aquellos se llaman zelos?
Cam. No me admiro que te asombre
aun el oirlos nombrar.
Miquil. Rabia los iba á llamar.
Cam. No les errarás el nombre.
Miquil. Pues qué he de hacer?
Cam. Procurar
el olvido. *Miquil.* Eso me pides?
Cam. Yo no te obligo á que olvides,
sino á querer olvidar.
Miquil. Duro se me hace ese medio.
Cam. Ninguno cura mejor.
Miquil. Aténgome yo al dolor,

si duele mas el remedio.
Cam. Bien está ; mas qué accidente
pudo robarte el sentido,
que habiendo ahora salido
á poner toda la gente
en órden , para romper
al enemigo en campaña,
vuelta en turbacion la saña,
te vienes á recoger
en tu quarto? *Miquil.* En mi pesar
pudieras mas discurrir,
y no obligarme á decir
lo que debiera callar.
Mira , el fementido amante,
que triunfa de mi sosiego,
es Astolfo ; sabe el alma
con que dolor lo confieso.
Astolfo, el mismo que anoche
se entró en este quarto huyendo,
porque estaba en el Jardin
con la Reyna , que encubierto
galantea. *Cam.* Dexa que entienda
lo que de tu amor no entiendo.
Ese Astolfo , no es aquel
que el anciano prisionero
descubrió ayer? *Miquil.* Sí , mas este
debió de ser fingimiento
del anciano , porque él mismo
me dixo aquí , que el esfuerzo
de sus Sármatas pondria
hoy á Temiscira fuego.
Cam. Luego es el Príncipe mismo
de Sarmacia? *Miquil.* Así lo creo;
pues los Sármatas gobierna
el que yo dexé aquí dentro.
Cam. Prosigue. *Miquil.* Salí á poner
nuestras Tropas en gobierno,
dexando encerrado á Astolfo
en aqueste quarto mesmo;
y despues de haber dexado
en órden la gente , vuelvo
á ponerle en libertad,
porque no diga su esfuerzo,
que para poder vencerle
usé de su impedimento;
pero al volverme corrida
(de esto fuéron los despechos
que viste) me avergoncé,
porque sentí como un miedo
de verle , si miedo fué;
pero no sé á quien lo tengo,
si á sus ojos , que sus ojos
saben producir veneno,
ó á los mios , que los mios
suelen peligrar de atentos.
Entra á llamarle ; y si vieres,
que al oirle me enternezco,
olvídame de mi amor,
y acuérdame de mis zelos.
Cam. Ya voy. *Vase.*
Miquil. Valor , corazon;
que ahora ::- pero qué es esto?
Sale Menalipe.
Menal. Dexadme entrar : Miquilene?
Miquil. Prima , señora ? *Men.* Yo vengo
á fiarte sola el alma,
y á pedirte::- *Miquil.* Ya te entiendo;
no humanes la Magestad,
que harto humilde es tu tormento,
sin que le hagan ménos tuyo
las humildades del riesgo.
Para eso mismo que quiere
decirme tu desaliento,
te habia yo menester
contra mí , y así agradezco
que hayas venido á lograr
mi corazon de mi afecto.
Ahí dentro está tu amante,
dile tú , que yo no tengo
valor para verle ; dile,
que ya seguro le dexo,
pues queda contigo , y que hoy
en sus Sármatas intento
vengar mis iras ; y tú
procura echarle del pecho,
que no merece piedades
tuyas , quien al mismo tiempo
con llamas , que á ti te hurta,
quiso encender mi sosiego. *Vase.*
Menal. Aguarda , que me has quitado
la vida : aguarda , qué es esto?
ella le ha visto , él le ha dicho
quien es , pues va proponiendo
en sus Sármatas venganza;
él de su hermosura (muero
de enojo) rendido amante
ha intentado::- mas yo llego
á pronunciar mis agravios,

sin que se apure mi aliento?
Salen Polidoro y Camila.
Polid. Todo se ha errado. *Cam.* Venid,
que aquí está. *Pol.* Ya es este empeño
preciso : si de un rendido,
Miquilene::- mas qué veo!
Menalipe? *Cam.* Aquí la Reyna?
Menal. Camila (un etna es mi pecho)
vete allá fuera. *Cam.* Señora::-
Menal. No te vas?
Cam. Ya te obedezco. *Vase.*
Menal. Prosigue ahora, prosigue,
no es bien que quede imperfecto
aquello de si un rendido,
Miquilene, del incendio
indigno de tu hermosura,
puede merecer, no es esto
alguna piedad, y un alma;
pero dilo tú, que temo,
como no estoy muy ayrosa,
desayrarte los afectos.
Prosigue, de qué te turbas?
no desconfies tan presto,
que dolor que halló el oido,
no está muy léjos del pecho.
Polid. No he de turbarme, si me hablas
con estilo que no entiendo?
qué dices, qué novedad
es esta, que quando espero
tu piedad::- *Menal.* Tú mi piedad?
pero sí ya compadezco
ese tu amor despreciado,
que es muy lastimoso objeto
para enternecer los ojos
un amor junto á un desprecio.
Polid. Qué amor? qué desprecio, hermosa
Menalipe? *Menal.* A que buen tiempo
soy hermosa : ah quien pudiera
dar::- pero volveos al pecho,
suspiros, que por mas vanos
aun no mereceis el viento.
Polid. No me dirás la ocasion
de tu enojo? *Menal.* Ya lo intento;
mas no es fácil : Miquilene,
ese tu adorado dueño,
me ha dicho, que despechada
de escuchar los rendimientos
de tu amor, va á castigar
en los Sármatas el yerro
de su Príncipe, y me dexa
para decirte su intento.
No hay sino partir al punto,
y esgrimir el limpio acero,
que quizá en trage de Marte
rendirás mejor á Vénus.
Polid. Señora, si yo en mi vida
á tu prima::- *Menal.* Mira el riesgo
en que está tu gente. *Polid.* He dicho
palabra::- *Menal.* Ya no te atiendo.
Polid. Los Dioses::- *Men.* Por esa puerta
del Jardin::- *Polid.* Mi atrevimiento::-
Menal. Puedes salir. *Pol.* Con sus rayos
castiguen. *Menal.* Ya están resueltos
mis zelos y amor. *Polid.* A qué?
Menal. No sé; á publicar (no acierto
á quejarme) contra un hombre
ingrato::- *Polid.* Acábame presto:
dime ya lo que tu amor
y tus zelos han resuelto.
Dent. Amazon. Guerra, guerra. *Caxas.*
Menal. Aquellas voces
por mi amor te respondiéron.
Dent. Amazonas. El hombre muera.
Menal. Y aquellas
te responden por mis zelos:
guerra, guerra, ingrato amante.
Esperad, que ya mi esfuerzo
os sigue, Amazonas mias.
Vete á tu Exército luego,
que para llevar mas ira
á la batalla que emprendo,
de parte del enemigo
te ha menester mi ardimiento.
Polid. Tente, espera.
Menal. Ah, sí, en la puerta
del Jardin, con otro intento
te previne dos caballos:
ya que al amor no sirviéron,
sirvan ahora á la fuga.
Polid. En fin, me dexas? *Menal.* Te dexo:
ah traidor! *Polid.* Mira que estás
engañada. *Menal.* Yo confieso
que lo estuve; pero ya
no lo estoy, pues te aborrezco.
Polid. Qué dices?
Menal. Que en la campaña
lo verás. *Polid.* No pienso verlo.
Menal. Por qué?

Polid.

Polid. Porque va conmigo
de mi amor el escarmiento;
y así, levantando el sitio,
he de apartarme del riesgo
de esa alevosa hermosura
á pesar de mis afectos,
que las batallas de Amor
solo se vencen huyendo.
Menal. Mi venganza irá á buscarte.
Polid. Para qué, si ya me ha muerto?
Menal. Esto es hecho, desengaños.
Polid. Esperanzas, esto es hecho.
Menal. Yo os conservaré en el alma.
Polid. Yo os dexaré donde os pierdo.
Vanse cada uno por su lado, y dicen dentro los Soldados.
Sold. 1. Aliéntense nuestros brios.
2. Toca al arma. 3 Embiste. *Tod.* Cierra.
1. Mueran las mugeres. *Todos.* Guerra.
Salen Astolfo, Aurelio, Lucindo y Soldad.
Astolfo. Qué es esto, Soldados mios?
cómo el concurso feroz,
quando yo hablaros pretendo,
se atreve con el estruendo
á interrumpirme la voz?
Vive Dios, que el que atrevido
no oyere en suspensa calma,
me ha de pagar con el alma
el delito de un sentido.
Aurel. Démosle nuestra atencion.
Soldad. Ya te empezamos á oir.
Astolfo. Eso sí, dexadme unir *ap.*
el brio con la razon.
Ven acá, Lucindo amigo
(ó qué nuevas tan felices!)
dime otra vez lo que dices.
Luc. Digo otra vez lo que digo.
Astolfo. Que Polidoro es amante
de Menalipe, y que él fué
el que yo anoche encontré
(albricias, amor constante)
en el quarto de la hermosa
Miquilene? *Luc.* Así es verdad.
Astolfo. Pues, Soldados, escuchad:
ya está ménos belicosa *ap.*
el alma: venciste, Amór,
triunfaste de mis rezelos,
y con quitarme los zelos,
me has desarmado el valor.
Aurel. Prosigue, ya está pendiente
de tus labios nuestro oido.
Astolfo. Amor, quítame el sentido, *ap.*
ó hazme esta vez eloqüente.
Valerosos Soldados,
que á despreciar victorias enseñados
le gastais á la fama,
que vuestro nombre aclama,
el fondo mejor de su instrumento,
y ella desayres de mejor aliento;
contra quién marcha vuestro ardor valien- (te?
qué objeto lleva vuestra ira ardiente?
qué hazaña á vuestro esfuerzo se destina,
ó á qué sangrienta ira se encamina?
Es mas que una muger la que os espera?
qué resistencia aquí se considera,
para que no se corra vuestro estrago
de herir en poco mas que el ayre vago?
Si el rayo, quando Jove le fulmina,
se dexa lo mas débil sin ruina;
la muger no nació sujeta al hombre
por natural decreto? el propio nombre
lo dirá. *Dentro.* Viva el Príncipe.
Astolfo: Qué ruido
es ese, que otra vez me ha interrumpido?
Aurel. Dos hombres á caballo á toda brida
se hacen lugar entre la gente unida.
Astolfo. Sabed qué buscan.
Aurel. Ya se han apeado;
de ellos puede informarse tu cuidado.
Salen Polidoro é Indatirso.
Pol: Vuestro Príncipe, amigos:- mas q es es- (to?
Aurel. Señor, danos tus pies (qué dicha!)
Polid. Tente:
quién el laurel, quién el baston ha puesto
en otra que en mi mano ó en mi frente?
quién aleve, traidor ó descompuesto
(ó lo que el pecho tiembla, el alma siente!)
pretende con infames desvaríos
laureles usurpar, que fuéron mios?
Astolf. Quien el baston, laurel, púrpura y oro
poner sabrá en tu frente y en tu mano,
le empuña y ciñe, invicto Polidoro:
(qué presto le asustó el adorno vano,
que sirve mas al peso que al decoro!) *ap.*
la misma voz del Cielo soberano
me eligió por caudillo de esta empresa;
mas pues ya llegas tú, mi empeño cesa.
De tu gente atendido y venerado,

la

la oracion militar habia empezado,
y la he de proseguir con tu licencia,
ayudando tu oido á mi eloqüencia.
Polid. Si convocas mi gente á lo sangriento
de la batalla, ya es otro mi intento,
que quando es la muger el enemigo,
la victoria es la fuga. *Astolfo.* Quizá sigo
esa misma doctrina; si te ofendes
de no saber quien soy, á un hijo atiendes
de Alexandro, en quien vive, en quien rès-
su mismo corazon: ahora mira (pira
si un hijo de Alexandro pide mucho
en pedir que le escuches.
Polid. Ya te escucho,
enamorado de tu bizarría;
pasa adelante. *Astolfo* Pues así decia:
La muger no nació sujeta al hombre
por natural decreto? el propio nombre
no es símbolo comun de la flaqueza?
no es propia condicion su fortaleza?
Pues por q̃ ha de emprenderse como haza-
el salir hoy con ellas en campaña? (ña
siendo así, que su enojo, su osadía,
su impaciencia, su ardor, su demasía
podrá solo en el hombre mas tirano,
el pecho sí, mas no enojar la mano;
pues quanto le disgusta y quanto irrita,
quanto apura, provoca y participa,
lo debe perdonar el advertido,
como el que oye despechos del rendido.
Yo doy que las venzamos: qué vencemos?
aquello mismo que amparar debemos:
no es suyo nuestro ser? el mas airado,
quando logre las iras que ha fraguado,
no ultrajará con mano impetuosa
la imágen de su dama ó de su esposa?
Las mugeres, amigos, ya sabemos,
que si las maltratamos las perdemos,
y que si las llevamos blandamente,
la mas rebelde está mas obediente.
No hay animal tan rígido irritado,
ni hay animal tan dócil obligado:
luego se resume, Capitan, si tuerzo
su mismo natural contra su esfuerzo.
Hoy pues esta victoria se asegura,
si la rige el amor y la ventura.
Polid. Eso sí, yo tambien, Soldados mios,
hácia esta parte inclino vuestros brios.
Astolfo. Nadie se valga ya de la osadía.
Polid. Mejores armas da la cortesía.
Astolfo. Pelead todos tan léjos de la ofensa,
q̃ aun andeis con templanza en la defensa.
Polid. Si os viereis perseguidos,
templad con las pasiones los oidos,
y acordaos al reñir de su flaqueza,
si os olvidais al ver de su belleza.
Astolfo. Que con eso, Soldados,
lidiais como corteses y esforzados.
Polid. Se asegura el suceso á esta victoria.
Ast. Se dobla el esplendor de aquesta gloria.
Polid. Venceis sin el afan de la batalla.
Ast. Y á la fama obligais con no manchalla.
Polid Yo que lo persuado,
por la razon de estado,
mejoro vuestro garbo y vuestra suerte.
Astolfo Quito este dia al brazo de la muerte.
Polid. Y voy por donde quiere mi alvedrío.
Astolfo. Y aseguro la vida al dueño mio.
Indat. Todos los Soldados muestran
con su alborozo la dicha
de tener tales caudillos.
Luc. Quién puede haber que no admira
esta, que de guerra y paz
se hace guerra hermafrodita? *Caxas.*
Mas ya por aquella parte
las esquadras femeninas
con las esquadras barbadas
embisten faldas en cinta;
y si no me engaño, tiemblan
las barbas de las barbillas.
Astolfo. Ea, Soldados valientes,
con señas de paz tranquilas
se ilustran los esquadrones,
que el horror obscurecia.
Polid. El mas indómito pecho
dexe el rencor de sus iras,
y aprenda el noble ardimiento
de vencer con la caricia.
Astolfo. Ay Miquilene adorada!
Polid. Ay Menalipe querida!
Astolfo. Las llamas de Amor te abrasen.
Polid. Las flechas de Amor te rindan.
Vanse todos ménos Lucindo.
Dent. Amazon. Guerra, guerra.
Dent. Soldad. Ninguno las resista.
Amazon. Mueran los hombres.
Soldad. Las mugeres vivan.
Luc. Señores, quién en el mundo

vió

vió tan notable milicia?
ellas acometen, y ellos
las reciben de rodillas.
Pero vive Dios, que arrojan
porrazos contra caricias:
erróse el medio, que son
mugeres que no se obligan
del buen trato de los hombres,
ántes mas desvanecidas,
en viendo que las adoran,
al punto los sacrifican.
Pero por Dios, que se acercan
las Tropas de la enemiga:
Julia y Camila parecen,
y si son Julia y Camila,
me han de matar lindamente;
porque sin verlas ni oirlas
me vine aquí: á otra mata
yo me escondo, que aunque es dia
en que anda el ruego de buenos
vestido de valentía,
mas vale salto de mata,
que mata de rogativas. *Escóndese.*

Sale Camila y Julia con arco y flechas.

Julia. La primera que le encuentre
le ha de matar. *Cam.* Y si unidas
le encontramos, cada una
le ha de quitar media vida.

Luc. Buen medio es este; y ahora
me anda acá haciendo cosquillas
un estornudo, por mas
que me coso las encías. *Estornuda.*

Cam. Quién está aquí?

Julia. Quién se encubre
entre esas ramas, Camila?

Luc. Qué gentil Dominus tecum?

Julia El es, salga acá el gallina.

Cam. Qué hacia escondido?

Luc. Estaba *Sale.*
estornudando. *Julia.* Sus dias
se acabáron. *Cam.* Muera.

Julia. Muera.

Luc. Aquí de la defensiva *ap.*
del cariño. Si te adoro,
mis ojos, por qué me tiras?

Julia. A quál de las dos requiebras?

Cam. A quál de las dos obligas?

Luc. A entrambas.

Julia. Pues cómo á entrambas
con un requiebro acaricias?

Luc. Como yo tengo dos ojos,
y en cada qual una niña.

Julia. Quién le ha dicho, que un requiebro
basta para dos amigas?

Luc. No es buen requiebro mis ojos?
pues no me tireis, mis vidas.

Dent. Miq. Qué es esto, Amazonas? cómo
vuestro ardimiento se entibia?

Dent. Astolfo. Sármatas, el rendimiento
es la mejor valentía.

Miquil. Bebed su sangre, matadlos.

Astolfo. Obligadlas, persuadidlas.

Miquil. Y repita vuestro enojo::-

Astolfo. Y vuestra piedad repita::-

Salen Miquilene y Astolfo por los lados.

Miquil. Mueran los hombres.

Astolfo. Las mugeres vivan:
pero Miquilene? *Miquil.* Astolfo?

Cam. Vamos de aquí. *Jul.* Venga aprisa,
que hay mucho que matar.

Luc. Siempre
pierde por corta mi vida. *Vanse.*

Astolf. Por qué han de morir los hombres,
hermosísima, enemiga?
ha de padecer la especie,
porque nació mi desdicha?
Si es mi delito adorarte,
pude no adorarte: mira,
que tú pones el precepto,
y la obediencia castigas.
Estuvo en mí el desasirme
de esta esclavitud rendida?
no vés, que fué voluntaria,
sin dexar de ser precisa?
Para solo amarte quiero
vivir, si á mi muerte aspiras,
déxate estar en el alma,
y llévate allá la vida.

Miquil. Calla, pese á tus lisonjas,
y á mi oido y á mi vista:
yo no venia á matarte
enojada y vengativa?
dónde el corazon has puesto?
qué encanto es este ó qué enigma,
que desde cerca reprime,
y desde léjos irrita?

Astolfo. Qué es esto, mi bien?

Miquil. Qué es esto?

no sé cómo te lo diga,
que en las llamas del amor
se abrasan las de la ira.
Astolfo. Pues yo qué causa te he dado?
Miquil. Si á la Reyna, si á mi prima
adorabas, para qué?
mas déxame, que se indigna
la queja, y puedo llorarla;
pero no puedo decirla.
Astolfo. Yo á la Reyna? vive Dios,
que no la he visto en mi vida.
Miquil. Lo niegas? pues no te hallé
en el Palacio yo misma?
Astolfo. Sí; pero no fué en tu quarto?
Miquil. Sí; pero de quién huias
quando entraste en él? *Astolfo.* Yo entré
por la gruta ó por la mina
de Indatirso. *Miquil.* No te entiendo.
Astolfo. Y el que se entró con tu prima
en tu quarto es Polidoro,
Príncipe de esa vecina
region de Sarmacia? *Miquil.* Aguarda;
pues no eres tú el que acaudillas
los Sármatas? *Astolfo.* En ausencia
del Príncipe. *Miquil.* No prosigas,
que aun mentir no sabes, puesto,
que quando el engaño animas,
para buscar lo aparente
lo verosímil olvidas. *Dentro voces.*
Todos. Victoria por Amor de sus caricias.
Amazonas. Vivan los hombres.
Soldados. Las mugeres vivan.
Miquil. Mentis, que Amor no ha vencido
ni ha de vencer, que aun respira
volcanes mi corazon.
Unas. Viva Astolfo. *Otras.* Astolfo viva.
Miquil. No viva tal, que es ingrato,
y me ha quitado la vida.
Salen por un lado Menalipe y Amazonas, y por el otro Polidoro, Indatirso, Aurelio, Lucindo y Soldados.
Aurel. Aquí está, lleguemos todos.
Men. Generoso Astolfo::- *Polid.* Invicta
Miquilene::- *Menal.* Amor venció.
Polid. No hay quien al Amor resista.
Menal. Los Sármatas valerosos::-
Polid. Las Amazonas altivas::-
Menal. Han vencido con rendirse.
Polid. Rindiendo fuéron vencidas.
Menal. Y viendo á este mismo tiempo,
que Indatirso te publica
por hijo de nuestra Reyna
Talestres::- *Polid.* Y que la dicha
de verse en el suave Imperio
de los hombres reducidas::-
Menal. Se debe á tus persuasiones::-
Polid. Hace tuya la conquista::-
Menal. Por su caudillo te aclama.
Polid. Por su Reyna te apellida.
Menal. Y yo quedo satisfecha
en las quejas, que tenia
del Príncipe de Sarmacia.
Polid. Y yo, que con fe cautiva
adoro las perfecciones
de Menalipe divina.
Menal. Sabiendo yo los indicios,
que obligáron á mi prima
á tener por Polidoro
á Astolfo::- *Polid.* Que por la mina
de esa gruta entró en su quarto,
segun este anciano afirma::-
Menal. Trueco á su mano gustosa
todo el Imperio de Escitia. *Dale la ma-*
Polid. Doy á Sarmacia una Reyna, (*no.*
que á su Príncipe cautiva.
Astolfo. Aguardad, no digais mas:
vés cómo yo te decia
la verdad? *Miquil.* Ya vuelve al pecho
la respiracion perdida,
y todo lo que me has dicho
entre los dos se confirma.
Astolfo. Pues á qué aguarda tu enojo?
Miquil. Esta mano te lo diga,
en que va mi libertad
lisonjeada y rendida. *Dale la mano.*
Astolfo. Y yo de mi esclavitud
empiezo mi Monarquía.
Luc. Y yo doy la zurda á Julia,
y la derecha á Camila. *Dales las manos.*
Ind it. Y todos juntos á una voz repitan,
victoria por Amor de sus caricias.
Tod. Viva los hombres, las mugeres vivan.

FIN.

Con Licencia, en Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, en donde se hallará esta, y otras de diferentes Títulos. Año 1764.